

La Esfera

Año IX ¹⁰ Núm. 458

Precio: Una peseta



PUERTO DE PESCADORES (CALELLA DE PALAFRUGELL), cuadro original de Baldomero Gili Roig

LA TIERRA DE TODOS

NOVELA

DE

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

(Publicada por la EDITORIAL PROMETEO)

ILUSTRACIONES DE FEDERICO RIBAS

(CONTINUACIÓN)

XXI

Se ensombreció el rostro de Robledo al recordar éste sus luchas durante dos años para conseguir que se reanudasen las obras en el río Negro.

Había conocido las angustias que proporcionan las deudas crecientes y las reclamaciones de acreedores que no pueden satisfacerse.

Casi todos los habitantes de la Presa escaparon al destruir el río las obras. Los raros viajeros que visitaban el país venían á admirar esta población en ruinas, semejante á las ciudades históricas y muertas del mundo antiguo, en una tierra falta de recuerdos.

Al fin el Gobierno había reanudado los trabajos. El río era vencido poco á poco, aceptando el obstáculo del dique, y los canales de Robledo y Watson se empapaban con las primeras aguas, dejando correr por su lecho fangoso el riego vivificante.

Después de esto sólo habían necesitado los dos socios que transcurriese el tiempo. El milagro del agua realizaba un sinnúmero de milagros secundarios. Acudían á la muerta población hombres de todos los países, deseosos de roturar un suelo que podía después ser suyo. Una costra de verde tierno y luminoso iba cubriendo los campos antes polvorientos. Los matorrales secos y punzantes cedían el sitio á los árboles jóvenes. Nutridos por la savia de una tierra dormida durante miles de años, y refrescados incesantemente por el agua que corría á sus pies, realizaban en el corto plazo de varias semanas prodigiosos estiramientos.

Las casuchas de adobes, derruidas en el período de soledad y miseria, eran reemplazadas por edificios de ladrillo extensos y bajos, con un patio interior, imitando la arquitectura española de la época colonial. El antiguo boliche del Gallego se convertía en vasto almacén con numerosa dependencia, donde era vendido cuanto puede ser agradable y útil á los que se enriquecen cultivando la tierra, haciéndose además en él todos los negocios, incluso el de banca.

Su dueño había ganado millones, por otra parte, al convertir sus arenas en campos de regadío. Al fin, acababa de realizar su ensueño de volverse á España, dejando al frente del almacén á un dependiente español interesado en sus negocios.

—Ayer me escribió don Antonio—dijo Robledo con una ironía bondadosa—. Quiere que vayamos á Madrid. Desea que admiremos su casa, sus automóviles, y, sobre todo, sus amistades. Me cuenta con orgullo que los periódicos hablan de sus comidas. También me dice que le han dado una condecoración y un día de estos lo presentarán al rey. He aquí un hombre dichoso.

El recuerdo del lejano país ensombreció el rostro de Celinda.

—Piensa en su padre—dijo Watson á su consocio—. Es imposible hablar de la Presa sin que se ponga triste... ¿Qué culpa tenemos nosotros si el viejo no ha querido venir?

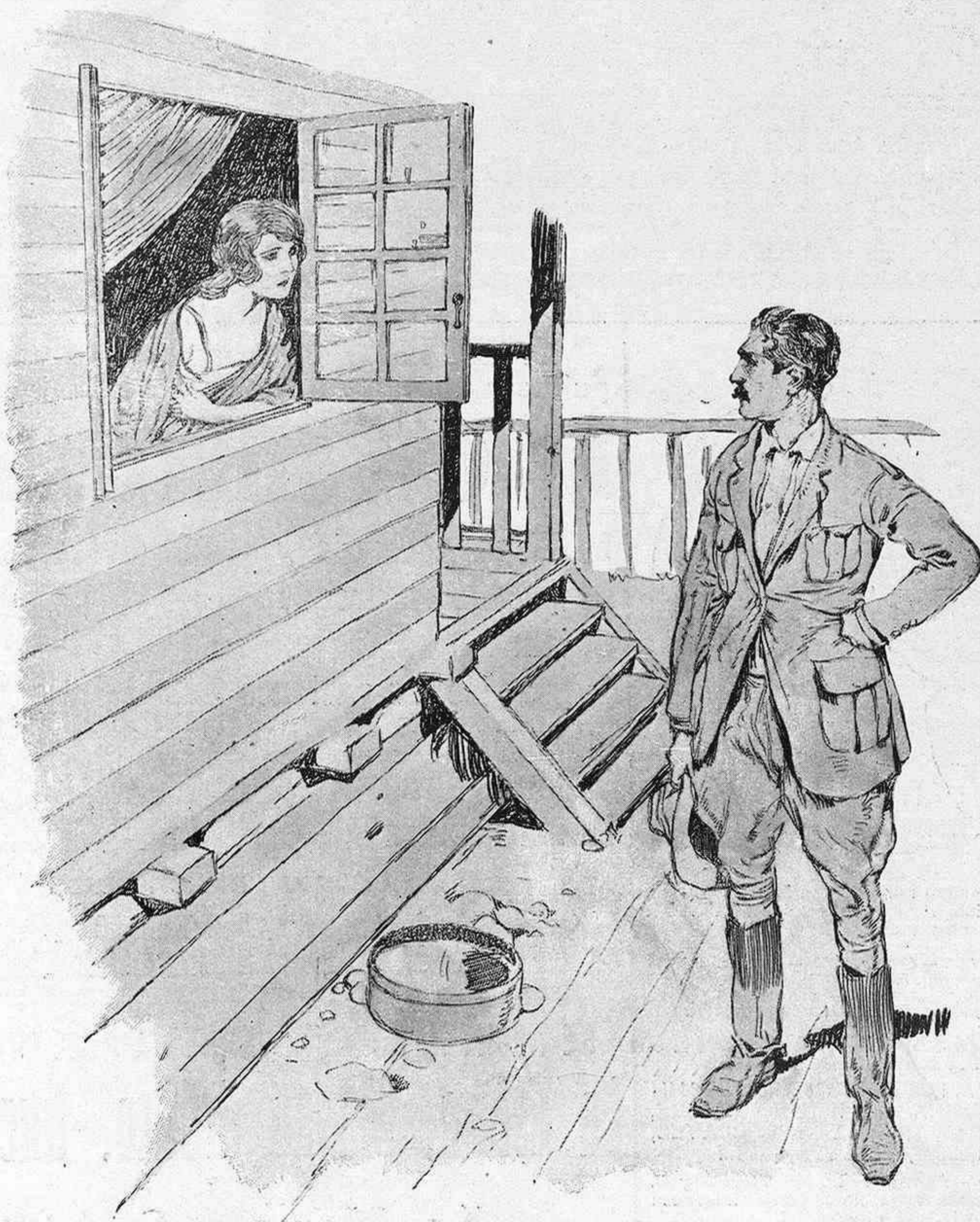
Robledo asintió á estas palabras, pretendiendo animar á Celinda. Don Carlos no había querido moverse de su estancia, á pesar de lo mucho que le rogaron todos ellos para que les acompañase. No le interesaba ver en su vejez aquella Europa donde tantas locuras había realizado siendo joven. Deseaba conservar intactas las antiguas ilusiones. Además, temía que le faltase el tiempo para saborear los grandes cambios realizados en su propiedad.

—Me quedan pocos años—decía—, y no puedo malgastarlos vagando por Europa, cuando tantas cosas debo hacer aquí. Celinda me dará muchos nietos, y no quiero que sean unos pobretones.

Los canales de Robledo habían llegado á las tie-

rras de su propiedad, convirtiendo los ralos y secos pastos de la estancia en lozanas praderas de alfalfa, siempre húmedas y verdes. Su «hacienda» engordaba, multiplicándose prodigiosamente. Antes, tenía que correr á caballo para encontrar de tarde en tarde un animal cornudo y huesoso que iba al descubrimiento y la conquista de algún hierbajo

gringos, donde ignoraban su historia y nadie le haría caso. Hasta espaciaba mucho sus viajes á Buenos Aires, pensando que los amigos de su juventud habían muerto y sólo podía encontrar á sus hijos ó sus nietos que apenas recordaban su nombre. En cambio, todos le hacían acatamiento en la Presa, como primer propietario del país. También era



aislado, á través de una soledad casi yerma. Ahora, los novillos gordos y lustrosos, con las patas dobladas bajo su carnal pesadumbre, rumiaban la succulenta alfalfa, mordida en torno á ellos, sin necesidad de moverse.

Además, don Carlos era considerado como el primer hombre del país, y representaba para él una desvalorización marcharse á aquellas tierras de

juéz municipal, y los inmigrantes, cultivadores de las «chacras», reconocían su autoridad y sapiencia, consultándole en todos sus asuntos y aceptando sus fallos.

—¿Qué puedo hacer yo en París? ¡Un pabellón!... Déjenme con mi gente, y cada buey que rumie su pasto.

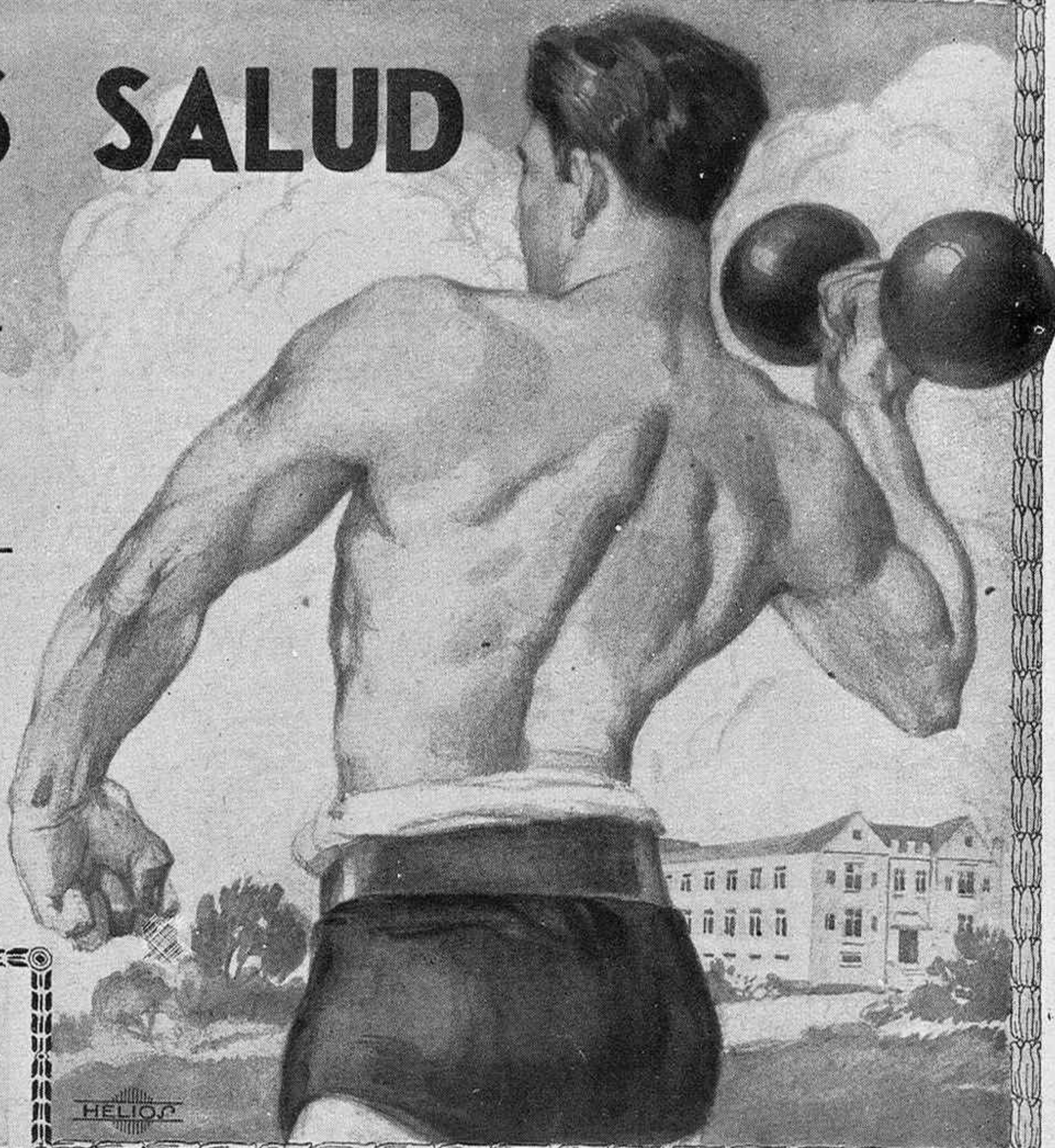
Sentía mucho separarse de sus nietos; pero esta

(Continúa en la página B)

HIPOFOSFITOS SALUD

Contiene los elementos que necesita usted para vigorizar sus músculos, tonificar sus nervios, estimular su apetito y vencer definitivamente la debilidad, la neurastenia y el cansancio cerebral.

Desde hoy puede usted ser hombre fuerte tomando este famoso tónico reconstituyente.



Más de 30 años de éxito creciente
Aprobado por la Real Academia de Medicina
AVISO: Rechace usted todo frasco donde no se lea en la etiqueta exterior HIPOFOSFITOS SALUD, impreso en tinta roja.
En la ARGENTINA pidase HIPOFOSALUD



En tiempos remotos eran flechas las armas de Cupido; hoy los productos PECA-CURA las han substituído.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICÓ, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCÍO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

Lea usted los miércoles
MUNDO GRÁFICO

La **Editorial "Mundo Latino"** acaba de publicar nuevas ediciones de las siguientes obras de

El Caballero Audaz

La Virgen desnuda
De pecado en pecado
Desamor
El pozo de las pasiones
En carne viva
La bien pagada
La sin ventura

El divino pecado
San Sebastián
Con el pie en el corazón
Hombre de amor
Un hombre extraño
Lo que sé por mí

(Más de trescientas intervius recogidas en diez volúmenes)

PEDIDOS DIRECTAMENTE:

Editorial "Mundo Latino". - Apartado 502. - Larra, 10. - Madrid

SE ADMITEN SUBSCRIPCIONES A NUESTRAS REVISTAS

La Estera, Mundo Gráfico, Nuevo Mundo

Y

La Novela Semanal

en la **LIBRERÍA DE SAN MARTÍN** y en la **CENTRAL DE PUBLICIDAD**

Puerta del Sol, 6

Calle de la Cruz, 27

L.T. PIVER
· PARIS ·

Las Esencias... Jabones
Polvos de Arroz... Lociones
de las

Perfumerias

**AZUREA
FLORAMYE
POMPEIA
GERBERA**

son muy apreciados porque
son suaves, tenaces y delicados



Sellos de correo auténticos de las Misiones extranjeras, garantizados, sin ser escogidos, se venden por kilos. Tarifa gratis. Bécanne, calle Redoutes, Toulouse (Francia)

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
DE

Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 66 al 70 **BARCELONA**
Despacho: Unión, 21

La Esfera

Año IX.-Núm. 458

Madrid, 14 Octubre 1922

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO



Antequera Azpíri
S.S. 1921

Con los primeros vientos de Octubre ha dejado de verse sobre las rientes bahías norteñas la nota clara de los balandros que triunfaron en las horas doradas del estío... Sus triángulos blancos y alegres ya no son agitados por la leve caricia de la brisa del mar, y hoy, abatidos, duermen llenos de un inmóvil reposo... Y con este temporal, ocaso de los balandros, hasta que el verano vuelva á ser luz y alegría sobre las costas del Norte, han desaparecido también las siluetas airosas de las balandristas, de las mujercitas que, con sus vivos «jerseys» y sus faldas claras, eran una de las mejores sonrisas del estío en las ciudades cantábricas...

DIBUJO DE ANTEQUERA AZPIRI

CUENTOS DE "LA ESFERA"

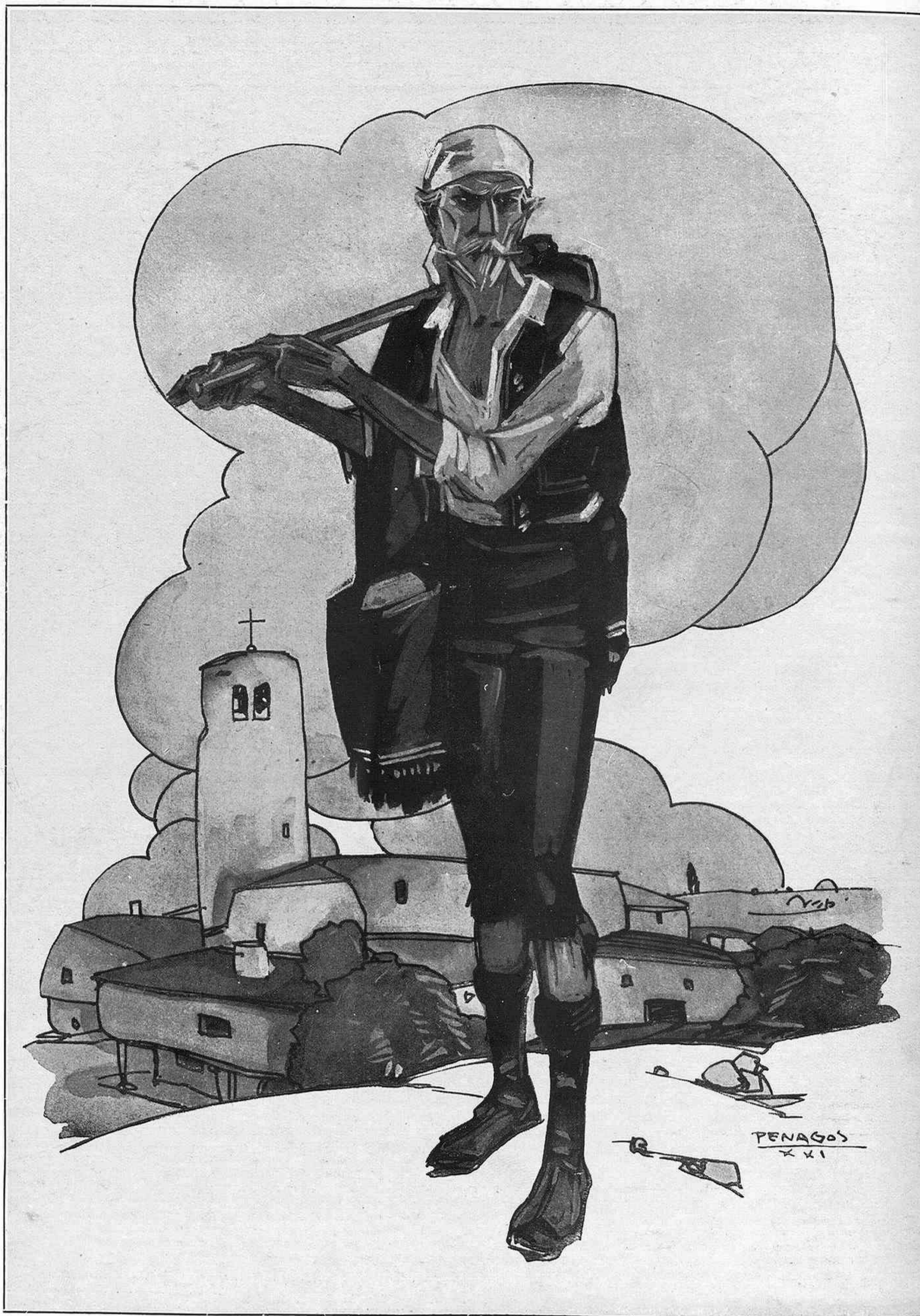
LA AVENTURA DE "ALCANZANIDOS"

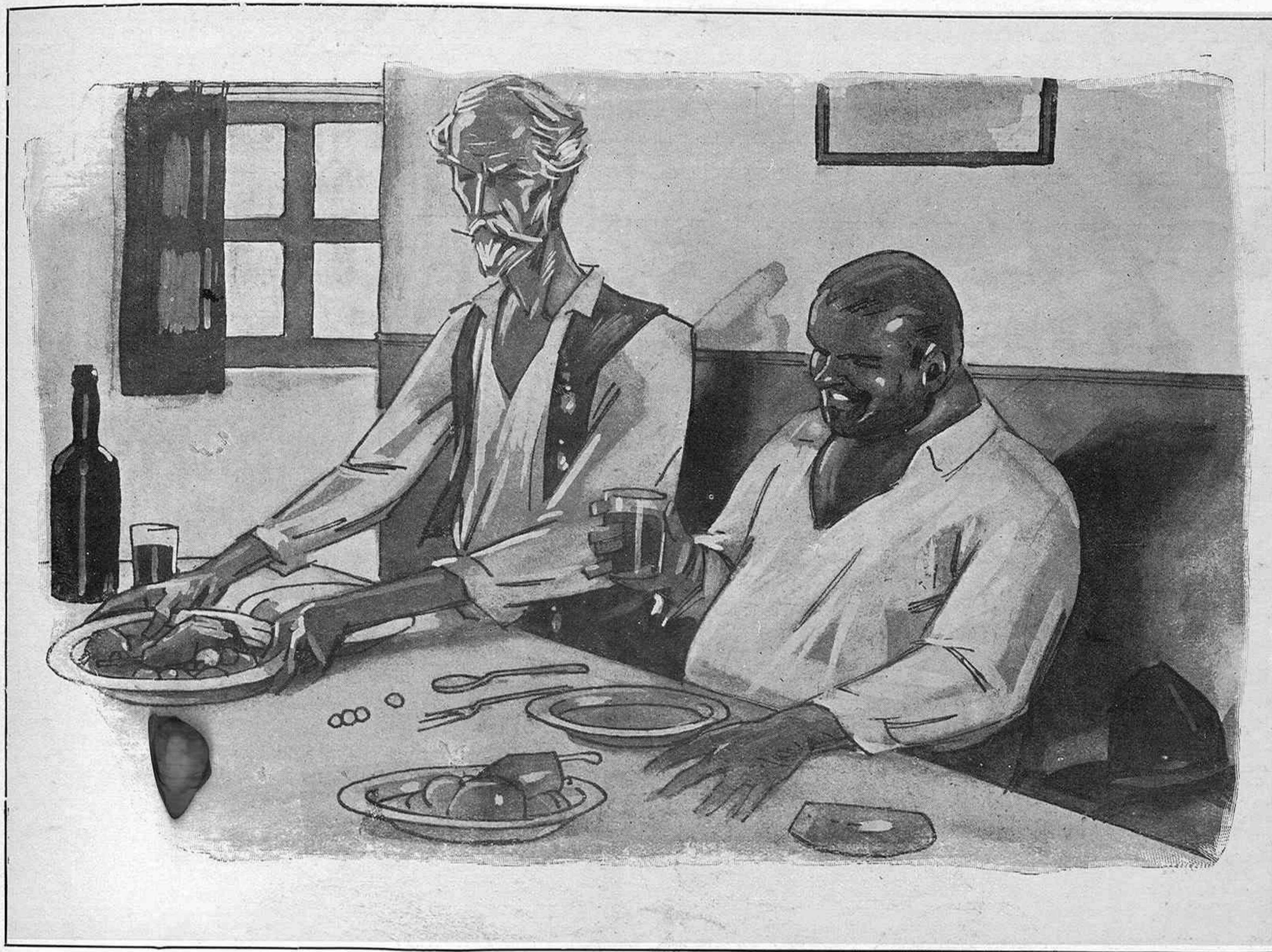
Alcanzánidos vivía en su pueblo—un lugarejo de Castilla—casi de la caridad pública. Había ya pasado la triste divisoria de los cincuenta; no tenía hacienda ni oficio, y sólo cuando algún vecino requería su ayuda para un trabajo del momento lograba poseer unas monedas de cobre, que prontamente absorbía en forma de buenos tragos, como la tierra sedienta y ansiosa se bebe las lluvias de Agosto.

No le llamaban *Alcanzánidos* porque tuviese la cruel costumbre de arrebatar á los pájaros sus crías, sino porque entre los hombres de su tierra, menudos y sarmientos, sobresalía casi como un gigante. Y ahora conviene añadir que, á semejanza del hidalgo manchego, era «de complexión recia, seco de carnes y enjuto de rostro».

Lo de la sequedad de carnes no le venía de natura. Recordaba él tiempos mejores en que tuvo los huesos mejor forrados de lo que era menester, cuando había en su alcancía buenas onzas y en su mesa blanco pan sin tasa y tajadas tiernas. «Cuerpo más agradecido que éste no lo hay—solía decir, dándose cariñosas palmadas en la tripa hueca—. Yo soy de los que engordan en un abrir y cerrar de ojos si les dan de comer bien y con sosiego. Si me veis trasijado es de pura necesidad.»

En esto llegó al lugar un viajero chocante. Era un hombre desaliñado en el vestir, de mirada luciente y buscadora, aunque querían ensombrecerla las anchísimas alas de

PENAGOS
XXI



un desafortado chambergo, bajo el cual flotaban al viento unas melenas indisciplinadas. El desconocido se pasaba el día recorriendo los campos y husmeando por las callejas, entrando y saliendo en los figones y hasta asomándose descaradamente por las ventanas que hallaba abiertas al paso, como si buscara alguna cosa que le apremiase y le desazonase mucho. A la oración se plantaba en el camino por donde regresaban de su labor los labriegos, y les pasaba revista sin pestañear, clavando en cada uno una mirada que parecía un padrón de vecindad. «¡A la paz de Dios!», iban diciéndole, humildes y un poco atemorizados. Y él, sin soltar la pipa de entre los dientes, contestaba con unos gruñidos oscuros é informes.

Una tarde vió á *Alcanzanidos* que, arrendado circunstancialmente por un labrantín, venía de la era, y se quedó como pasmado. Mirábale entornando los ojos y poniéndose la mano sobre ellos á guisa de pantalla, y luego los abría desmesuradamente y enarcaba, con un gesto de admiración, las cejas de tal modo, que se le metían bajo el ala del sombrero. Por fin se le oyó exclamar: «No hay duda. Este es.»

Alcanzanidos, que ya empezaba á amoscarse, sintió un miedo súbito y trató de escabullirse suavemente; pero ya el forastero le había puesto una mano en el hombro con ademán campechano y con la otra le ofrecía un duro; el duro —decía luego *Alcanzanidos*— más reluciente que se había visto en el pueblo desde que él nació. Acaso—tal era su penuria—le pareció también el duro más grande que se había acuñado.

En seguida corrió la noticia por el pueblo. El forastero era un artista que recorría Castilla en busca de modelos para una colección de fotografías del *Quijote*, y había encontrado en el lugareño cincuentón su tipo principal. *Alcanzanidos* marchaba á la capital de la provincia contratado por tiempo indefinido, con cuatro

pesetas diarias y la *mantención* y sin más que hacer que dejarse retratar en diferentes posturas y con diferentes trajes. Por primera vez en su vida se vió el buen hombre envidiado y hasta admirado, y aún no conocía toda su buena ventura. Cuando se vió en la capital vestido de limpio, hospedado en una fonda como los señores, con un cuarto para él solo, donde había una cama que le pareció lujosa, un aguamanil muy cuco y hasta un armario que tenía un espejo casi tan grande como él, creyó que soñaba. Jamás niño alguno disfrutó tanto con un juguete nuevo como él con cada nueva sorpresa que iba deparándole su nueva vida. Dióse, pues, á gozar sin tasa ni reserva.

¡Qué mesa, Santo Dios! Tres ó cuatro platos le ponían, todos tan apetitosos y tan abundantes, que sólo de mirarlos se hacía agua la boca. *Alcanzanidos* devoraba. Las mil hambres atrassadas se erguían ahora en su estómago pidiendo satisfacción, y él se la daba, claro está, con alma y vida. Si le vieran los del pueblo, ahora se convencerían de que á buen diente no le había ganado nadie nunca.

El artista salió á nuevas rebuscas y *Alcanzanidos* pasó ocho días solo. Es decir, no completamente solo, porque allí estaba Sancho Panza para hacerle compañía. Sancho comía, bebía y triunfaba como él. A Sancho no le había matado el hambre, porque no la tenía; era cargador de la estación y ganaba su jornal; pero le habían dado holganza, que es la cosa de sabor más rico cuando se come con pan. De echarse baulés á la espalda á ponerse ante el objetivo montado en un burro, iba diferencia.

Diez días llevaba nuestro héroe de aquella dichosa vida cuando regresó el artista y se fué derecho á la fonda en busca de sus modelos. A Sancho no le hizo caso apenas; pero al ver á *Alcanzanidos*, se puso á hacer gestos de estupefacción, más exagerados aún que los de aquella tar-

de famosa cuando topó en el pueblo con su hombre. Y no se contentó con gesticular, sino que, acercándose á *Alcanzanidos*, empezó á palparle, á volverle y revolverle como si examinase una moneda falsa. Al fin rompió á hablar con una voz que temblaba de emoción y de cólera:

—Pero, ¿qué demonios has hecho?

—Nada, señor, nada. Que lo diga éste.

Sancho no dijo nada. Contemplaba la escena con la boca abierta.

El artista se tiraba de las barbas y descargaba violentas patadas en el suelo.

Alcanzanidos había perdido la demacración del semblante. Tenía casi mofletes y la mirada más brillante y alegre del mundo. Había desaparecido el ligero encorvamiento que le daba la oquedad y tristeza del estómago. Bien erguido y casi echado para atrás, mostraba insolentemente un vientre poderoso. ¡Don Quijote había engordado!!

Hubo que ponerle á régimen. Un austero condumio de vegetales y cortezas de pan substituyó á los banquetes camachescos. Pero no adelgazaba ni aun así. En realidad, le habrían hecho falta para volver á su primitivo estado otros cuantos años de hambre canina; pero es que, además, con sus cuatro pesetas se resarcía sigilosamente de la forzada sobriedad de la fonda.

Hubo que enviarle al pueblo, adonde llegó tan cargado de pesadumbre como Don Quijote de su último viaje.

—Si yo hubiera servido para Sancho—decía á sus convecinos—, me habrían dejado comer hasta henchirme; cuanto más gordo, mejor. Es fuerte cosa que por haber nacido para Don Quijote tenga uno que roerse los codos.

Nunca supo el pobre *Alcanzanidos* cuánta verdad decía.

FÉLIX LORENZO

DIBUJOS DE PENAGOS

LA NIÑA MIMADA



Desde que la nena se puso de largo,
en sus labios tiembla, perenne, la risa.
Por igual ignora lo triste y lo amargo,
y el único mal que la aqueja es la prisa.

Por sus discreteos y por sus miradas
manda en los paseos, reina en los salones,
y la glorifican en las Embajadas,
y por ella mueren en las Legaciones.

Todos los poetas locales la admiran,
y todos las mismas tristezas padecen;
los viejos más viejos por ella suspiran,
y hasta las más mustias damas la aborrecen.

Rendida al prestigio popularizado
de sus agarenos ojos expresivos,
la ciudad entera, cantora y mercado,
se queda sin flores y sin adjetivos.

Cautamente, bajo su risilla fresca,
con inadvertido furor inclemente,
de su madre, hermosa dama tizianesca,
va precipitando el otoño doliente...

Su frase enardece, y su risa apaga
la llama tremante de la risa ajena;
es dulce en el arte de irritar la llaga,
y parece mala, pecando de buena...

Ella es la primera beldad asesina
que, si llega un barco ó un «elenco» llega,
colma de embriagueces á un guardia marina
y á turbar al divo de moda se entrega.

Ella es la del album de firmas nutrido;
la que vitaliza los Juegos florales;
la que ocupa el coche más favorecido
en las turbulencias de los Carnavales;

la que, incitativa, con todo flirtea;
la que sus amigas toman como ejemplo;
la que, sin corona, manda en su platea;
la que, sin retablo, domina en el templo...

Todo forastero corre á visitarla,
como á la más bella de las atracciones,
y ya que ninguna puede acribillarla,
cunden su zumbido las murmuraciones.

Ni de sus amores cuida, displicente;
ni tampoco alude, nunca, al matrimonio;
¡Es la Secretaria más inteligente
que por estos mundos ha hallado el Demonio!

E. RAMIREZ ANGEL

DIBUJO DE OCHOA

DE LA VIDA
QUE PASA

LA GUERRA Y EL DIABLO

DESDE que en 1914 rompieron á tronar los cañones en la frontera francoalemana, la Humanidad no logra serenarse. Nos hablan de paz, se firman ceremoniosos Tratados de paz; pero la paz perfecta no esparce sus benditos destellos sobre los hombres. A cada momento surge un nuevo motivo de alarma, una nueva inminencia trágica. Las fronteras, trazadas demasiado artificialmente, son depósitos de pólvora que amenazan siempre, á la menor imprudencia, con una explosión; los pueblos vencidos disimulan mal su anhelo de venganza, y las naciones vencedoras no saben cómo hacer un poco consistente su triunfo. En fin, á los ocho años de haberse inaugurado esta horrosa serie de guerras, desde el Asia Menor nos han enviado los turcos y los griegos noticias bastantes para reconocer que la paz no reina entre los hombres, sino un estado latente de batallas, incendios y destrucción.

El valor de la vida humana está hoy bastante depreciado. Como el valor de las monedas, el de la vida de los hombres varía con arreglo á las circunstancias de cada momento histórico. En tiempo de la invasión de Atila, por ejemplo, la vida de una familia del centro de Europa no valía un camino; en Francia, durante el 93 sangriento, una persona no podía tasar en un precio algo decente su cabeza, porque estaba por medio la guillotina. Al contrario, en los días que precedieron á la guerra europea, la vida humana llegó á alcanzar un tipo de valorización muy elevado; la vida del hombre se cotizaba entonces á alto precio, y antes de llevar á un bandido al cadalso se discutía mucho la resolución, porque hasta la torpe existencia de los desalmados se consideraba un valor estimable. Después... Con el pitillo en la boca se daba después la orden de una descarga cerrada, que echaba por tierra á unas docenas de soldados. La vida humana descendió de valor hasta el nivel más bajo que ha conocido la Historia. Se depreciaron las vidas casi tanto como los rublos ó las coronas austriacas...

¿Imaginaremos, por lo tanto, que la Humanidad sufre el azote de las borrascas y las tempestades del mismo modo que la tierra? La Historia es como un cielo, como un clima; hay períodos luminosos, de serenidad y templanza, en que los hombres ríen y trabajan en paz, juegan y aman libremente: son períodos que corresponden á las tibias y floridas temporadas primaverales. De pronto se nubla el cielo, y entre los hombres todo es inquietud, discordia, intranquilidad. Se abren las nubes en aguaceros, relumbran los relámpagos en la noche de la tempestad. Parece que todo ha terminado para siempre. Esperemos, sin embargo; mañana aparecerá sobre los hombres el más radiante sol de primavera.

Otras veces imaginamos que la dirección del mundo no está confiada al poder absoluto y paternal de un Dios; sospechamos acaso que el gobierno de las cosas y de los fenómenos lo comparten dos autoridades, y que junto á la fuente de la bondad eterna, que es Dios, actúa el principio y el hacedor

eterno de la desventura, que es Satán. Uno es el amigo del hombre, el partidario de la justicia, el instigador del amor, el que se complace en crear las mariposas, las flores, los cielos de primavera, la sonrisa, el canto, el bien. El otro es el adversario de las criaturas, el creador de la enfermedad, de la tempestad, de la envidia, del rencor, de la traición, de la fetidez, del llanto, de la muerte, de la podre, del mal.

Los dos poderes son necesarios. Los dos son equilibradamente omnipotentes. Ambos se completan, el Bien y el Mal, Dios y Satán, y de la combinación de ambas actuaciones, Vida y Muerte, Bien y Mal, resulta la armonía del mundo.

Si. A veces pensamos que para no perder la confianza en Dios y para no cesar de quererlo, tenemos necesidad de descargarlo de esa tremenda responsabilidad del Mal necesario y eterno, del pecado inextinguible. Entonces, para salvar á Dios de esa responsabilidad, es cuando nuestra mente concibe con complacencia la ferroz evidencia de Satán, gobernante, junto con Dios, del Universo.

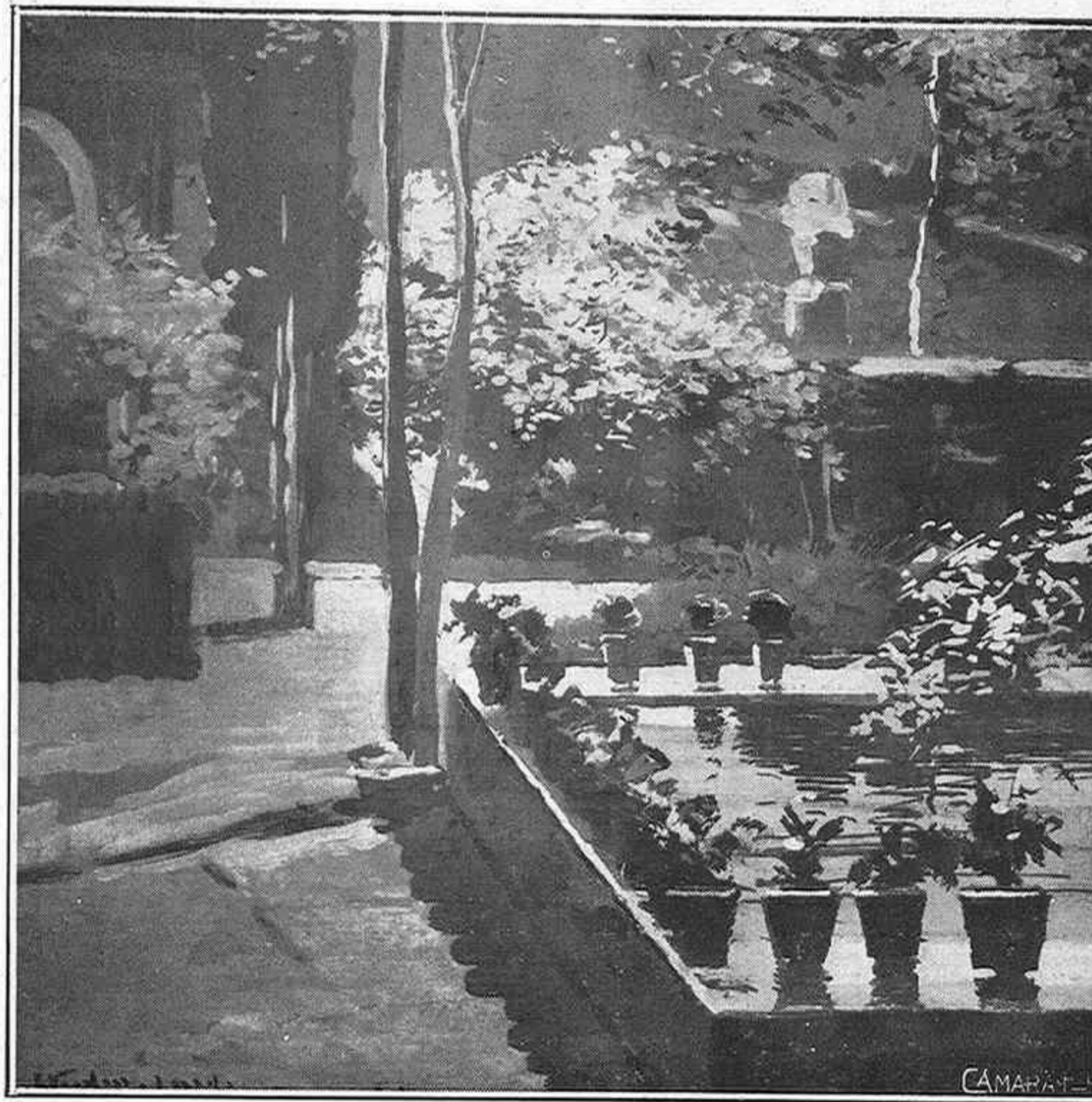
Porque si Dios fuese en absoluto responsable de todos los actos de la vida; si su poder de obrar no fuera compartido por otra potencia creadora, ¿cómo llegaríamos á explicarnos ese refinamiento y esa consciente voluntad de producir el dolor que adopta con tanta frecuencia el Mal? Por otra parte, si el Mal ha nacido de la misma causa que ha producido el Bien, ¿cómo podría imponer castigos por unos pecados que son aberraciones y que previamente podía haber evitado, no creándolos? Esa complacencia, ese refinamiento voluptuoso, esa consciente voluntad de producir el dolor, son incompatibles con la esencia infinita y absolutamente benigna que atribuimos á Dios. Para admitir esa doble facultad de crear el Bien y el Mal, necesitaríamos concebir á Dios de otra forma que la tradicional; necesitaríamos construir otra imagen de Dios completamente distinta. Es más prudente situar junto á Dios á Satán. Los antiguos, que llegaron á saberlo todo, han dado al Diablo la importancia debida en diferentes momentos de la historia. Pero una especie de adulación hacia el principio del Bien hizo siempre que el culto al Diablo fuese perseguido como un peligro, confinándolo á los bajos fondos de la superstición monstruosa y delincuescente.

En nuestra vida hay momentos angustiosos en que todo el andamiaje de nuestra personalidad parece querer venirse á tierra. Todo cuanto poseemos se torna vacilante, precario. Nuestros bienes, nuestra reputación, nuestra salud, nuestras ilusiones y los seres que adoramos, todo amenaza fracasar. Las pérdidas se suceden unas á otras; las desgracias se acumulan alrededor nuestro. Entonces vemos con sorpresa que aquello que casi habíamos olvidado, la teoría de los demonios y de los Angeles de la Guarda, era verdad. Continuamente, en efecto, somos el campo donde luchan las fuerzas del Bien y del Mal. Como en las ingenuas pinturas de otro tiempo, un demonio está tirando de nosotros hacia la perdición, mientras un ángel le contradice empujándonos hacia la luz salvadora. La desgracia y la ventura nos traen y nos llevan tan pronto al fracaso como al éxito. Mientras unos microbios maléficos procuran llevarnos á la enfermedad y la muerte, otros microbios benéficos cumplen la misión providencial de devorar á los anteriores... Nuestra vida viene á ser un combate entre un Demonio y un Angel de la Guarda.

Digamos esto mismo de las naciones y del propio mundo. Y confiemos en que el Diablo se cansé de azotar á los hombres con tantas calamidades.

José M.^a SALAVERRIA

CÁRMENES DE GRANADA



Detrás de los floridos tapias encajados
están en la espesura los huertos encantados
del mágico Albaicín.

La Alhambra en las vecinas frondas ideales yace,
y sobre ella el naciente crepúsculo deshace
su lirio de carmín.

¡Cármenes de Granada!... Bajo la maravilla
romántica y fragante de la g'orieta, brilla
la fuente musical,
que sabe los idilios y canta los amores
del agua y las estrellas, del viento y de las flores,
con su voz de cristal.

Y el mirto que la cerca le brinda su ramaje,
porque también él quiere comprender el lenguaje
divino del amor,
y en las noches de luna y en las tardes de oro
se estremecen sus hojas cuando vibra el sonoro
trinar de un ruiseñor.

Y allí en su cautiverio la fuente prisionera,
con las perlas que virte su r'agato quisiera
engarzar un collar
que ofrecer al destello de sol, que en el oca o,
sobre su tersa y limpia superficie de raso,
se viene á desmayar.

Y el ciprés ambicioso que rompió la clausura
del huerto, y que se eleva soñando hasta la altura
remontar su pavés,
comprendiendo que el logro de su afán nunca llega,
se consuela mirando cómo brilla la vega
que se extiende á sus pies.

Y jazmines y nardos, y claveles y rosas,
se confunden y mezclan igual que mariposas
polícoras de luz.

Y en las claras mañanas, bajo el sol que reflejan,
cubiertos de rocío, los pétalos semejan
madreporas de Ormuz.

¡Cármenes de Granada!... Vergeles centenarios,
que sois como encendidos y abiertos incensarios
de un culto floral,
donde la Primavera quemó todas sus pomas
la noche en que, embriagada por sus propios aromas,
soñó ser inmortal.

¡Cármenes de Granada!... Remansos de espesura
dentro del laberinto de sol y de blancura
que el Albaicín formó;
que encerráis prisioneros en cárceles de hiedra
vestigios de palacios y alcázares de piedra

que el tiempo destruyó,
pero de los que aún quedan, cual reliquias sagradas,
las frágiles columnas de mármol, coronadas
por aureo capitel,
y los arcos ruinosos en los cuales un día
quedó en alicatados grabada la poesía
de un lírico cineel.

Y aquellos prodigiosos alcázares de entonces,
dónde lucieron sedas, y tapices, y broncees
que envidiara Bagdad;
por cuyos aposentos cruzó de los linajes
gloriosos de Gomerces, Zegrís y Abencerrajes
la férrea majestad;

aquellas encantadas mansiones que tenían
estancias misteriosas donde languidecían,
esperando al amor,
mujeres de pupilas tan obscuras y bellas,
que en extraños contrastes al par se daba en ellas
la sombra y el fu'gor;

aquellas peregrinas moradas de alabastro,
perdida su grandeza, dejaron como rastro
de lo que eran ayer
esos magos hogares que en los huertos floridos
entre frondas se ocultaban semejantes á nidos
abiertos al placer;

coronas apacibles que á la sombra pomposa
en que la verde parra quebró la luminosa
sinfonía del sol,
nos brindan, tras los hondos portales empedrados,
que alumbran á la noche los reflejos velados
de un arcaico farol,

la frescura del patio penumbroso y fragante,
con sus restos moriscos, con su aljibe inquietante
y su viejo azahar,
y, al fin, los interiores alegres y sencillos,
sobre cuyas paredes resplandecen los brillos
del cobre familiar,

donde á la celosía substituye la reja,
panal inextinguible del que liba la abeja
del idilio andaluz,
al calor de la luna, sus más sabrosas mieles,
en un triunfo glorioso de besos y claveles,
de coplas y de luz.

ALBERTO A. CIENFUEGOS

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

EN LAS MARISMAS DEL GUADALQUIVIR

UNA CACERÍA INTERESANTE



El campamento de los cazadores, al amanecer, en las orillas del Guadalquivir

Los aficionados al noble deporte de la caza saben bien que no es empresa al alcance de una escopeta novel derribar esas bravías avejillas llamadas genéricamente por los zoólogos *pteroctes*, y *gangas* por la vulgar locución. No. No es fácil ni cómodo dar caza á la pintada gallinácea, cuya carne, blanca y jugosa, compite con la de la perdiz y la del faisán, al decir de los paladares selectos. Y quizá de esa dificultad de

captura deriva el popular modismo aplicado á los procedimientos de una perfecta *menagère* en el logro de cosas buenas por poco precio. Internándonos un momento en los campos de la ornitología, á fin de djar perfectamente explicada esa dificultad á los ojos del lector profano, diremos que la ganga, en extremo esquivia y asustadiza, tiene velocísima carrera; tan veloz, que logra burlar la persecución de los mejores perros de

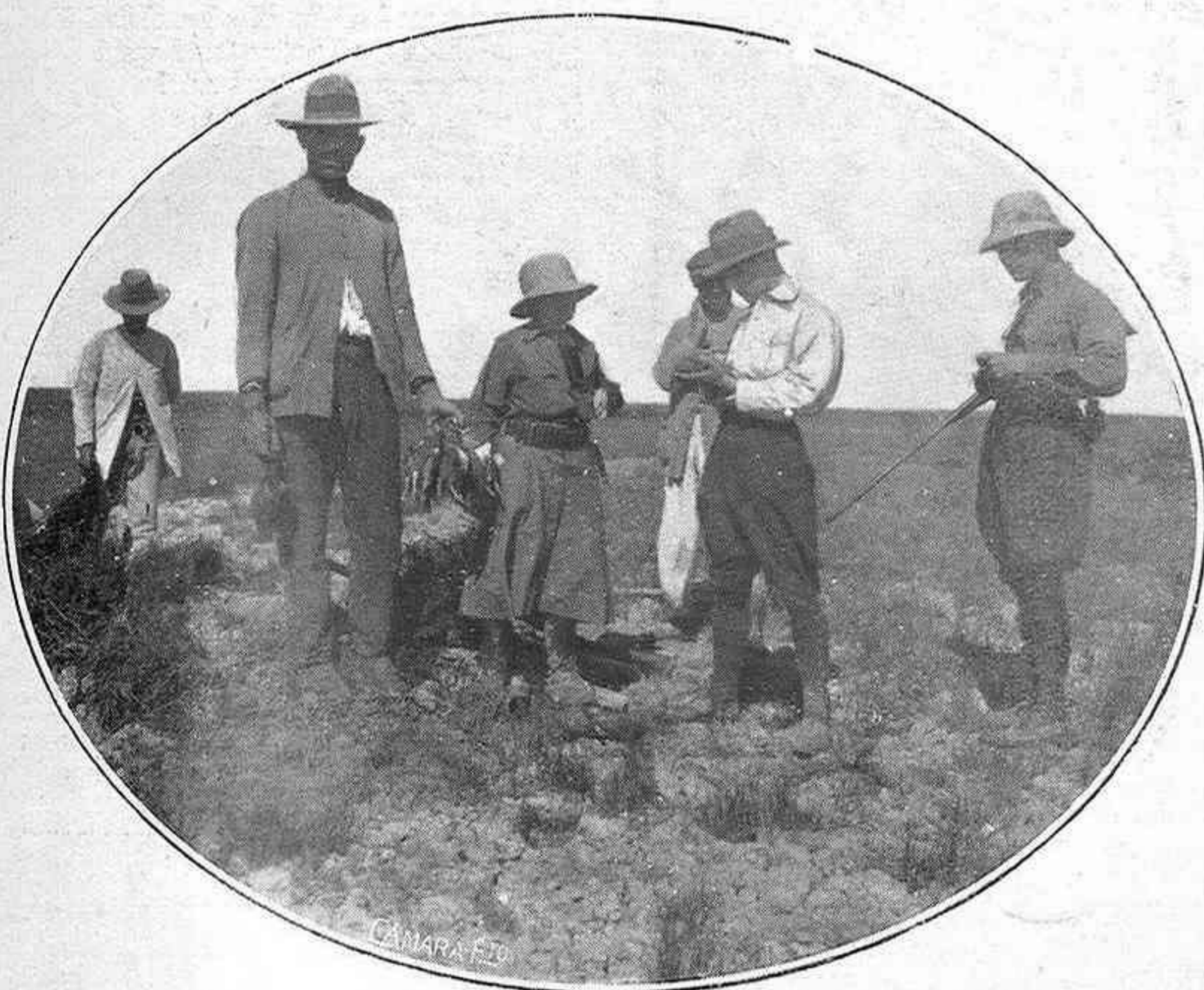
rastro. Si por casualidad levanta el vuelo al alcance de las escopetas, el arranque es rápido y vertical, remontándose en brevísimos momentos á altura bastante para ponerse fuera de tiro. Cuando el ave recobra el vuelo horizontal, se encuentra ya á gran distancia y mucho más allá del alcance de la metralla. Su maravilloso instinto la ha salvado de su torpeza ó de su imprudencia. Prosiguiendo ahora nuestra grata misión di-



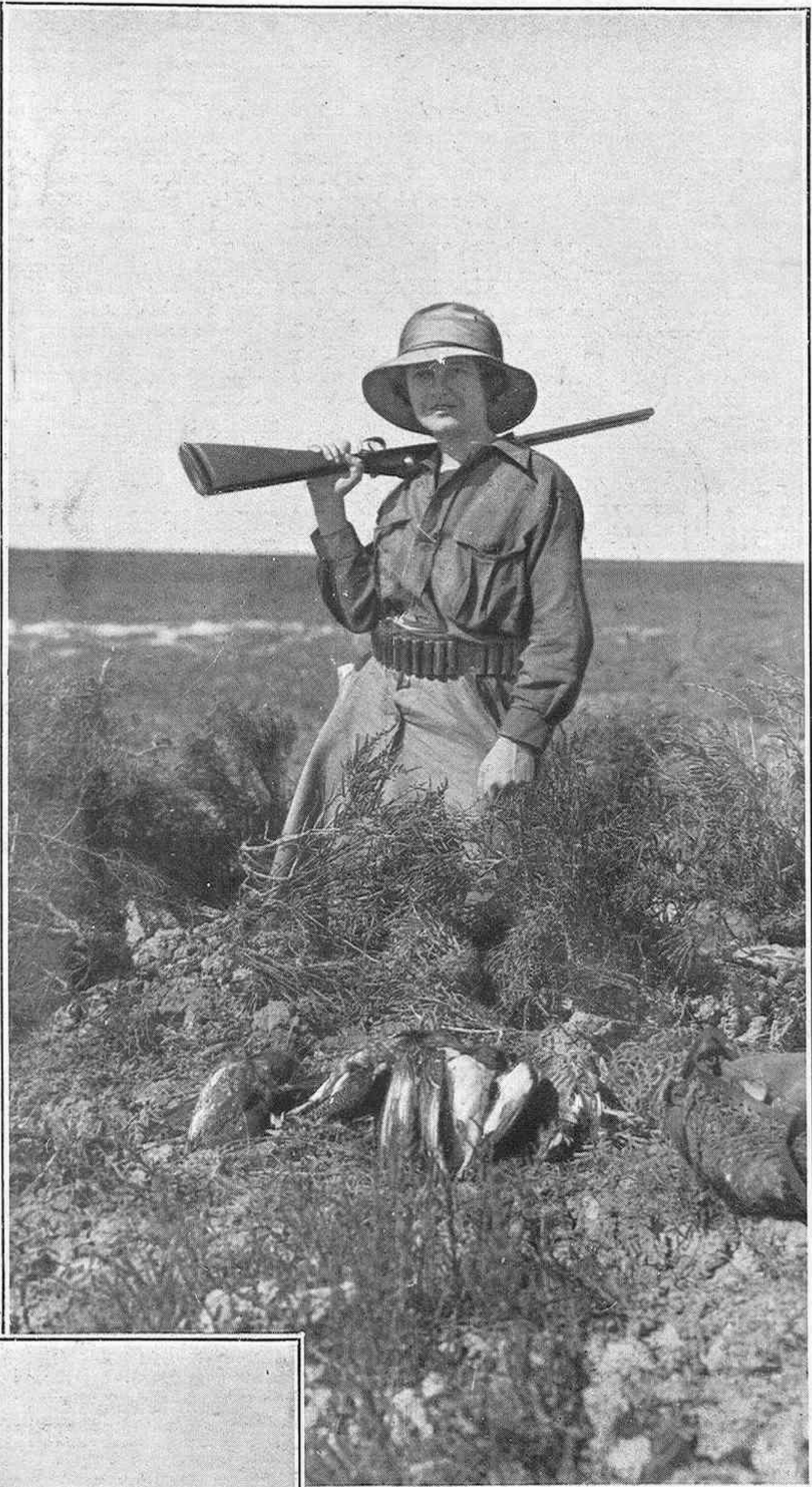
Una de las barcas á su regreso al punto de partida, trayendo las piezas cobradas



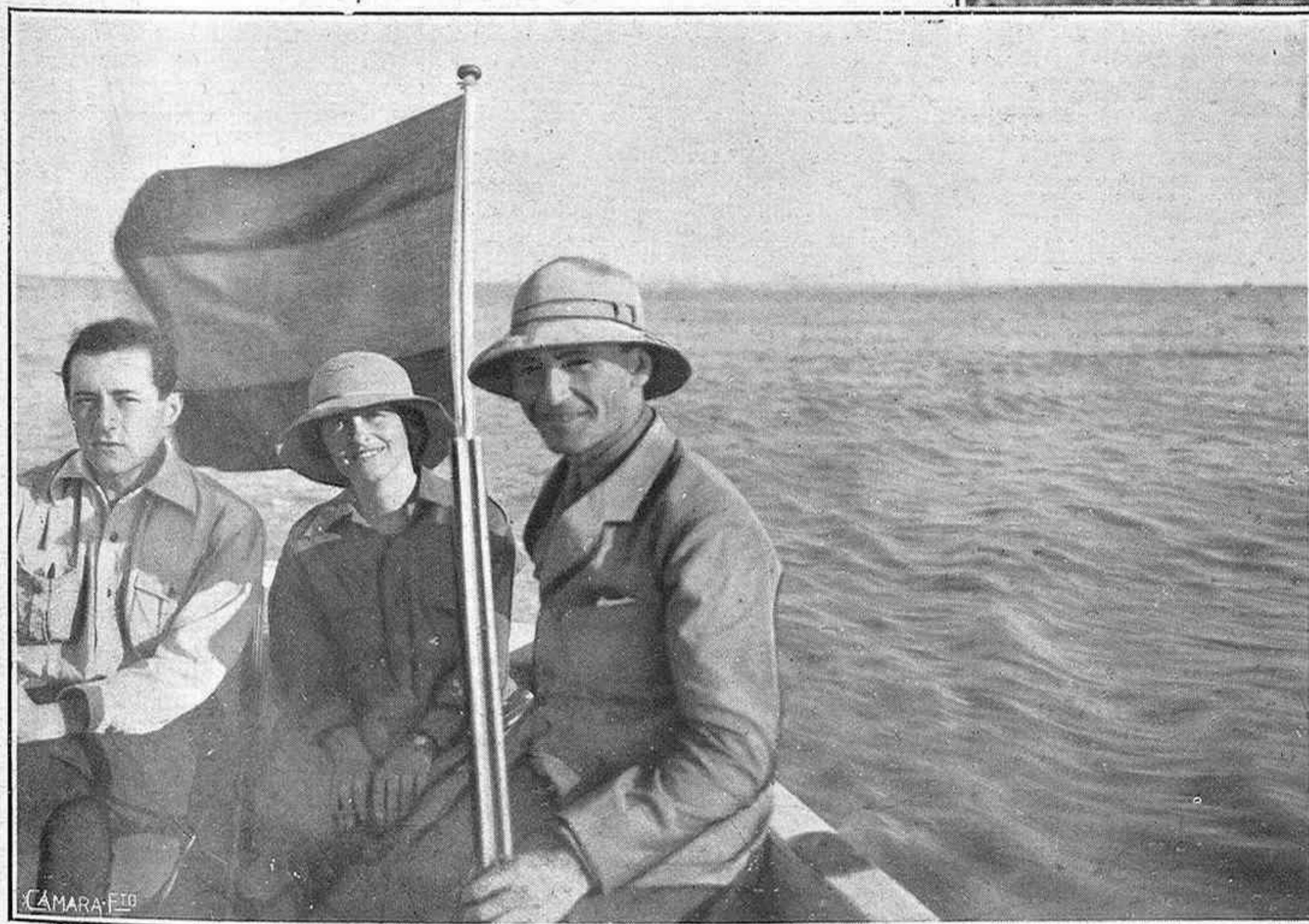
Los cazadores á caballo y en marcha para los «aguardos»



Recuento de las piezas cobradas durante el día



Una gentil cazadora en su puesto



A caza de gangas por las marismas del Guadalquivir
FOTS. PAN ELBERTO

vulgadora, añadiremos que la ganga podría colocarse, en una buena clasificación ornitológica, entre la perdiz y el faisán, anteriormente aludidos. Su cabeza y su pico recuerdan los de la primera; el cuerpo y la cola, los del segundo, poseyendo un plumaje parecido al de los sisones, sino que mucho más bello y con grandes manchones amarillos, de reflejos metálicos.

La ganga sólo se caza bien á la espera en los comederos y aguaderos. Establece su campo de caza en las más inhospitalarias parameas de Andalucía y Castilla, gustando también de las tranquilas aguas de las marismas. Su alimento predilecto son las semillas de los cardos castellanos, si bien tampoco desdeña los gusanillos. La espera de gangas en los aguaderos, aunque más molesta, porque supone un baño de pies de tres horas en los hoyos fangosos de las marismas, es de éxito más seguro que en los campos de cardos.

Nuestras fotografías, relativas á una cacería de gangas recientemente efectuada en las marismas del Guadalquivir por aristocráticos aficionados, y en la que la esposa de nuestro querido amigo el distinguido *sportsman* Sr. Pan Elberto realizó magníficas tiradas, completan la presente información deportiva.

LA ESFERA

NUESTRAS ARTISTAS.—CONSUELO HIDALGO



Desde hoy, el género de las variedades cuenta con una nueva y gentilísima estrella: Consuelo Hidalgo, cuya presentación en el escenario de Maravillas era aguardada con excepcional impaciencia y con justificada expectación. La que supo triunfar desde el primer momento en la ópera, ha triunfado ahora también, desde el día de su presentación, en el nuevo género á que se dedica. Su figura bellísima, su gracia pícaro y desenfadada, su indudable temperamento de artista, se impusieron plenamente al público, que rindió su más entusiasta aplauso de cordialidad y admiración á la nueva cancionista...

FOT. CALVACHE

EN LAS PLAYAS VALENCIANAS

EL ARTE DE CECILIO PLÁ



El ilustre artista Cecilio Pla pintando en las playas de Valencia

EL carácter de las playas valencianas es muy otro que el de las del Norte, pero no menos bello.

Son las nuestras tan hermosas, que atraen al pintor y al hombre de sensibilidad educada, proporcionándoles emociones gratisimas.

Las abiertas playas del hermoso Golfo valenciano, tenidas en muy injusto olvido, son refugio de artistas que en las tonalidades nácar de sus aguas y oro de sus arenas encuentran esos maravillosos fondos, escenario de los juegos de esas lindas muñecas cuya piel doró nuestro sol, nuestro sol, que no tienen las playas rocosas, batidas rudamente por un mar que asciende al cielo y después le hace llorar días y días.

ooo

En este mes de Septiembre nuestras playas están casi desiertas; ya no las animan aquellas multitudes abigarradas de bañistas, que encendían en miles de destellos de diferentes tonos el mar. Las playas están más tranquilas, y las figuras gráciles de esas lindas damitas de terra-

cotta se destacan mejor; el maestro las sorprendió vistiendo sus trajes de espuma, tumbadas en la arena, contemplando con sus hermosos ojos el ensueño, el más allá infinito que se esconde tras la línea del horizonte.

Cecilio Pla es un enamorado de nuestras playas. Aquí viene con los suyos todos los veranos y, viviendo en la playa, trabaja con fervor, enamorado del mar de su Valencia.

Sus apuntes de esos momentos de color únicos son una maravilla. Por la mañana tiene el mar esos tonos indefinidos que límpida luz convierte en un nácar precioso; por la tarde el agua adquiere una coloración azul intenso, de tan gran fuerza, que sólo los grandes maestros pueden interpretar.

ooo

¡Pepita y Cristina, adorables hijas de Madrid, que rendís á la patria del padre é ilustre pintor el honor de poder admiraros! ¡Sois inmortales!

En los lienzos del Maestro viviréis eternamente, como diosas de nuestro incomparable mar. La grana de vuestros bellos labios fué besada por la blanca espuma que sirviera de pedestal á la hermosa Friné.

¡Salve, Maestro!

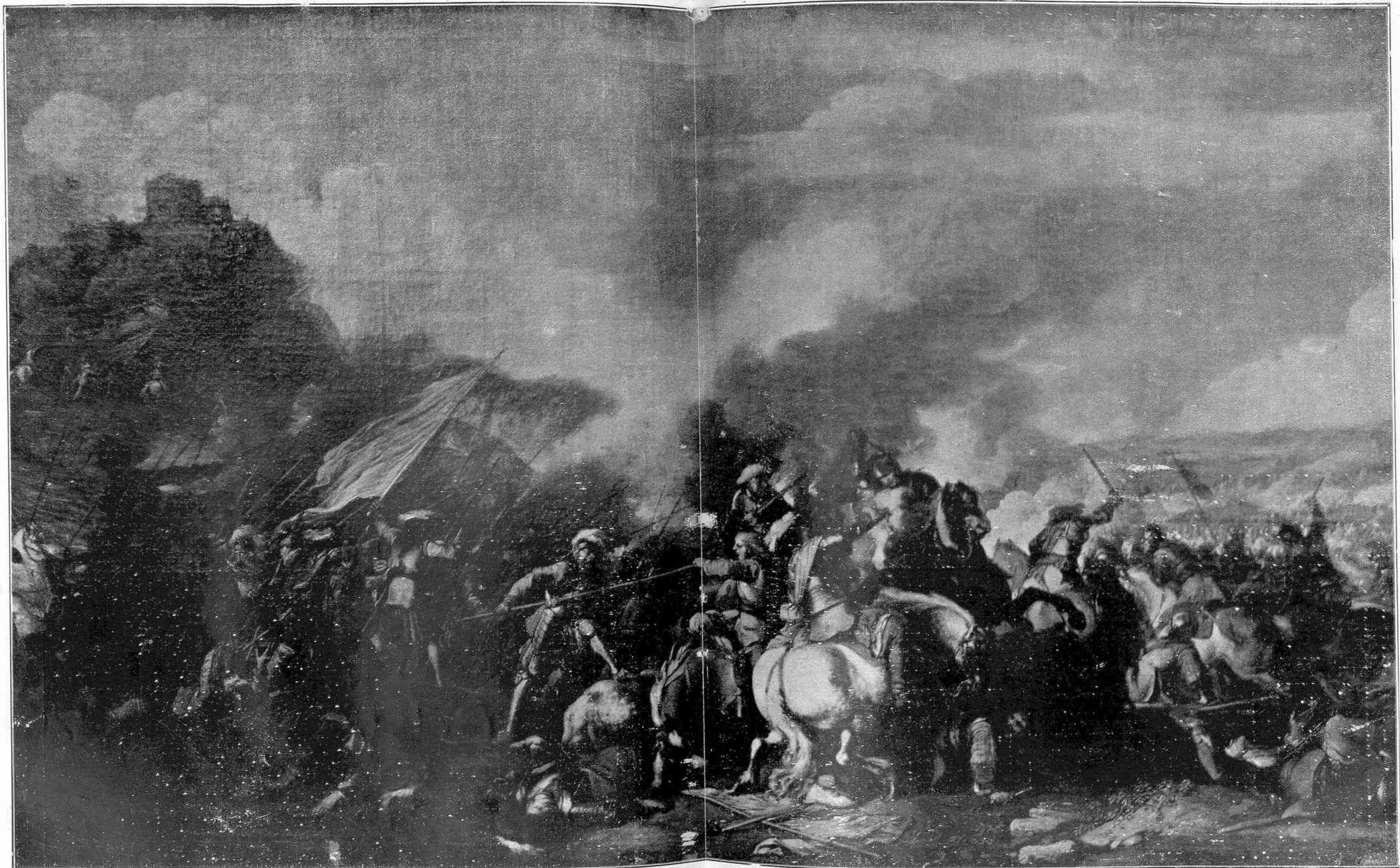
J. MANAUT NOGUES

Playas de Valencia, Septiembre 1922.



«La alegría del baño», boceto para un cuadro, original de Cecilio Pla

LA PINTURA CLÁSICA



UNA BATALLA

Cuadro original de Courtois, que se conserva en el Museo Nacional del Prado

AYENEDU
BIBLIOTECA
MADRID

LA MODA FEMENINA

DEL EPISTOLARIO DE UNA MUJER SENTIMENTAL



Château de Surville Normandía, Octubre de 1922.

No sé, mi admirado amigo, á qué atribuir su silencio. Es la primera vez que me ha faltado su carta en el día señalado para recibirla, y, la verdad..., estoy descontenta. Descontenta y sin cesar de poner á contribución mi cerebro para hallar una solución convincente al problema que la tal interrupción de correspondencia suscita en mi ánimo. Y... á fe que no la encuentro. ¿Ofendido? No debe, no puede usted estarlo, pues nada le dije en mi anterior que le molestara.

¿Ocupado? Mutuamente nos comprometimos á no dejar de cumplir lo ofrecido sino en casos de fuerza mayor, y una postal se escribe en dos minutos.

¿Deficiencias del servicio de Correos? Imposible, pues el mismo día en que debí recibir su carta llegaron tres de Madrid á mi poder. Una de dos: ó está usted enfermo, y gravemente, ó ese retiro no posee «las ventajas de una gran población» como usted creía. Por lo menos en lo que respecta á la facilidad de comunicaciones. ¿Será que le han proporcionado otras distracciones de un encanto irresistible? Hay ratos en que me le figuro atacado de un caso fulminante de obsesión sentimental.



Sea lo que fuere, y no tardando, usted mismo se encargará de desvanecer este incógnito, y mientras tanto le diré que nos hallamos instaladas en el castillo propiedad de la condiscípula de la tía Adelaida.

Llegamos hace cuatro días en medio de una verdadera tempestad de viento y de agua, que no se ha calmado aún. Madame de L... nos esperaba en el apeadero más próximo á su propiedad, en un coche digno de figurar en alguna exposición prehistórica, tirado por dos caballos, ridículos de puro gordos, y guiados por un cochero centenario ó poco menos.

Con este medio de locomoción no le extrañará el que le diga que los veinte kilómetros que nos separaban del castillo parecieronme más duros de soportar que cualesquiera de las diez plagas sufridas por el triste pueblo de Israel en Egipto. Cierta que no recuerdo cuáles fueron éstas; pero por agudas que resultasen las molestias proporcionadas por ellas, dudo de que superaran á las agujetas que yo sufrí cuando, luego de tres horas y media, salí de la venerable Arca de Noé que aquí hace los honores de coche.

Únicamente sentí cierto placer al penetrar bajo el arco en que se halla empotrada la primera verja que da acceso al castillo. Cualquiera otro vehículo en tal sitio hubiera estado completamente fuera de lugar. Aparte estos inconvenientes, que más son consecuencia del estado económico de nuestra amiga que de su gusto ó voluntad, debo reconocer que nuestra estancia en esta mansión condal no es del todo ingrata. Lo que pudimos ahorrarnos fué el trabajo y el gasto en lo que á la rápida adquisición de indumento se refiere.

Hasta la hora presente no hemos tenido quien pose sobre nosotras los ojos, fuera de madame, el cochero ya mencionado, una doncella jorobada que nos sirve y un mayordomo... ¡Manes de los que tuvisteis á gala el uso del *cordón bleu!*... ¡Con decirle que no tiene á menos el ayudar á la doncella á servirnos el desayuno!... Tan inesperada adopción de servicios fué causa de que ayer mañana me sorprendiese en mi cuarto sin más atavío que una deliciosa pero harto menguada prenda íntima de crespón rosa muy pálido, sujeta á los hombros por unos lazos celestes.

El excelente hombre está, sin duda, acostumbrado á tales situaciones, pues no manifestó el menor asombro. En cuanto á mí, una vez pasado el primer susto, me acordé de la frase de aquella marquesita de «los Luises», la que disculpó el

que un lacayo joven y apuesto la sirviera el chocolate en la cama con la antidemocrática exclamación: «*Est ce que vous appelez cette chose la un homme?*»

Hasta la hora presente nada hemos hecho para interrumpir la dulce monotonía de la vida; pero, según tengo entendido, existe un verdadero programa de fiestas para dentro de un par de semanas, cuando las propiedades vecinas se hallen nuevamente ocupadas y comiencen las grandes partidas de cacería, los bailes y recepciones con que procuran «los del gran mundo» distraer la temporada de campo impuesta por el uso y la moda. Uno de los números más interesantes lo constituirá, por lo visto, la boda de una heredera de añejos títulos y el hijo de un multimillonario sudafricano. Lo que ignoro es si tendremos que acudir á tanto lejano punto de reunión en el Arca de Noé, porque en tal caso empezarán nuestras jornadas á primera hora de la mañana, y nunca fuí buena madrugadora. No se merecía usted tan detallada relación de mi vida. ¿Acaso no desconozco cuanto ha dicho, pensado y sentido en los últimos ocho días?

Y será lástima que por desidia ó pereza suya quede en suspenso esta relación mutua de hechos. De usted depende el que continúe...



LA VISITA DEL SHAH DE PERSIA



ESTADO
BIBLIOT
MADRID

Recoge nuestra presente página la interesante nota gráfica de la llegada á Madrid del Shah de Persia, en la mañana del 10 del actual. El Soberano oriental aparece acompañado en el carruaje por S. M. el Rey Don Alfonso, que en unión del alto personal palatino, del presidente del Consejo y de otros dignatarios oficiales, acudió á la estación del Norte á recibir á S. M. Imperial el Sultán Ahmed Kadjars, que durante su breve estancia entre nosotros ha sido agasajado por nuestro Monarca y por el pueblo madrileño cual corresponde á su alta estirpe

FOT. CAMPÚA



Vista de Salamanca, donde se han celebrado fiestas con motivo del Centenario de Santa Teresa.—El Rey colocando la pluma de oro á la Santa en el solemne acto religioso celebrado en Alba de Tormes.—Los Reyes en su tribuna

FOTS. CAMPÚA

A través del tiempo, llega el instante en que las gentes rinden pleitesía y homenaje á las personas que, á su paso por la vida, se destacaron de un modo culminante.

Y esto es lo que acontece ahora con aquella excelsa mujer que inmortalizó el nombre religioso de Santa Teresa de Jesús. La mística doctora ejerce una taumaturgia espiritual; obra el milagro de atraerse la admiración, el respeto y hasta la devoción de cuantos conocen su obra.

En verdad, los sesenta y dos años de su vida fueron de una actividad fecunda. Toda Castilla, puede decirse, está llena de sus recuerdos. Ella fundó conventos en Avila, Salamanca, Alba de Tormes y otras muchas poblaciones enclavadas en esta tierra, que «hace los hombres y los gasta».

Rememoro que cierto día visité en Malagón, oasis del inmenso páramo manchego, uno de los conventos fundados por Teresa.

Después de recorrer aquella mansión donde moran las madres de la Orden Carmelita, fui llevado hasta el locutorio. Allí, una monja sim-

pática, de mirada escrutadora y charla insinuante, mostróme una cesta de mimbre conteniendo una alpargata de las que usó en vida la Santa, y la llave de la celda que ocupó en el convento.

Era tal la veneración y la fe con que la monjita ponderaba aquellas reliquias, que sentimos cierta emoción, contagiados de su efusiva sinceridad y vehemencia cristiana.

Y lo mismo que en Malagón hay una alpargata y una llave que pertenecieron á la Santa de Avila, en otros sitios de las comarcas castellanas veneran otros objetos que se supone pertenecieron á la que tan magistralmente trazó aquella letrilla, que dice:

«Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.»

Castilla fué la tierra de Santa Teresa, y aquí se dejó ella cuanto tenía: sus vestiduras, conservadas hoy como oro en paño por los devotos;

su fe hecha piedra en los conventos que fundara; su espíritu enconando con vivísima luz de las páginas de sus libros, esos libros sublimes en su sencillez, que, entre otros, llevan los títulos de «Fundaciones», «Las Moradas», «Conceptos del amor de Dios» y «Camino de perfección».

A través del tiempo se rinde homenaje á las personas que se destacaron al pasar por la vida.

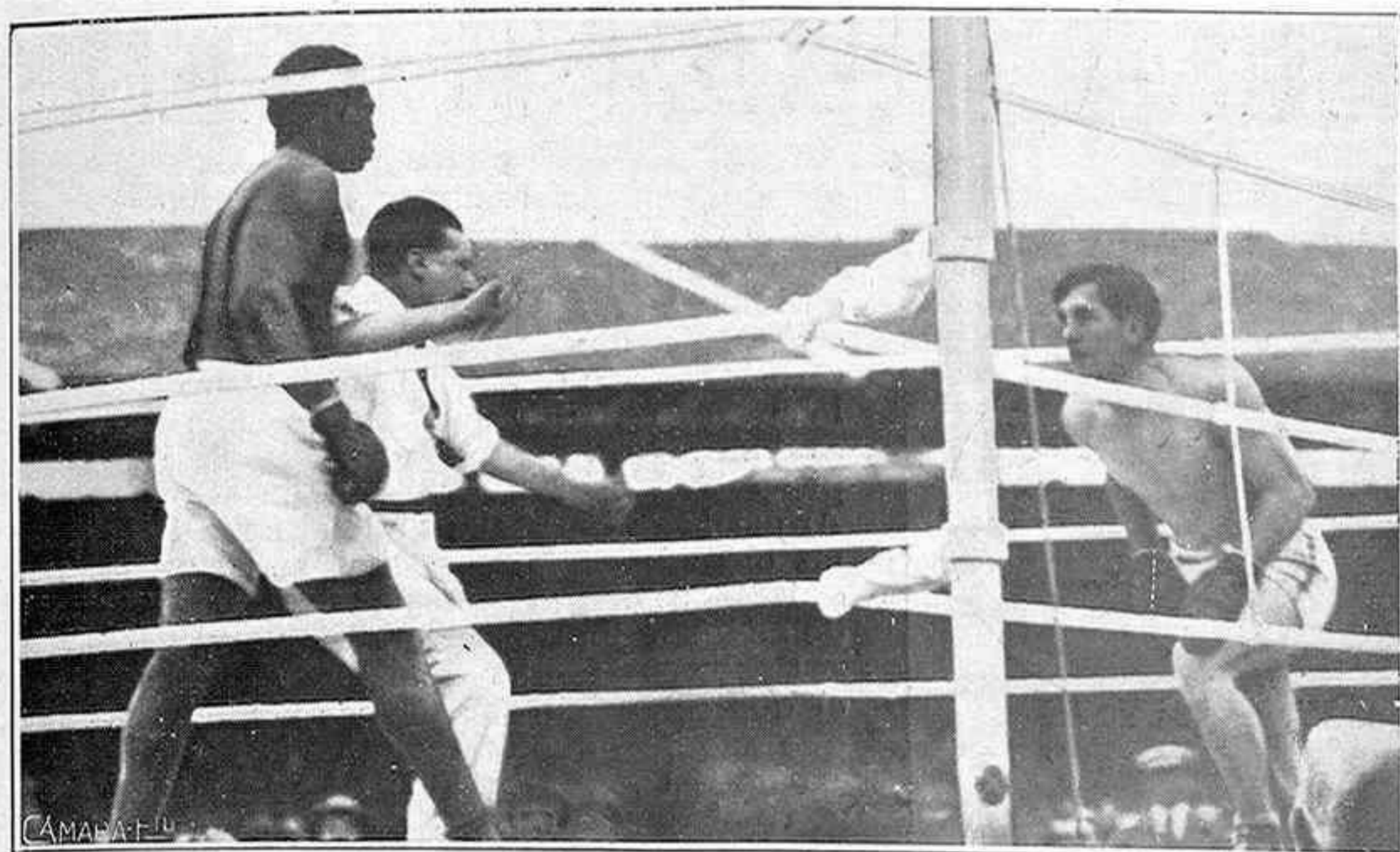
Se conmemora ahora el Tercer Centenario de Santa Teresa de Jesús.

A Alba de Tormes, donde están sus cenizas, acuden los fieles de todas partes para ofrendarle sus oraciones.

Yo, en tanto, quiero que estos humildes párrafos de mi prosa sean como un haz de flores que se deshojan á la memoria de aquella extraordinaria mujer, que, sin ella quererlo ni pensarlo, fué una gran escritora, cuya obra ha perdurado, con el doble mérito de ser siempre nueva y hablarle á las almas con el lenguaje de los escogidos.

F. SASTRE y MORENO

DE NORTE A SUR



El crepúsculo del ídolo.—Carpentier, el campeón francés de boxeo, intenta retrasar su derrota por el senegalés Siki

Nuevamente ha sido derrotado Carpentier. Francia, que tuvo para su vencimiento anterior maternal acogida, el amable consuelo del regazo y de las palabras dulces, ahora ha fruncido los labios pintados de la mujercita de capricho que se cansa del amante infortunado. Incluso ha empezado a sonreír al negro Siki. Esta melancólica aventura que sabe al amargor de un versículo del Eclesiastés, será, sin embargo, paladeada con el sabor picante de un cuplé boulevardero.



GRETLE STEIFF

La inventora del oso de felpa, que acaba de cumplir setenta y cinco años

La celebridad tiene bien diversos aspectos. Se puede ser célebre por poeta, por guerrero ó por regicida. Se llega también a la celebridad creando un juguete, como la señorita Steiff, de Giengen-Brenz, inventora de los oseznos de felpa. La señorita Steiff ha cumplido setenta y cinco años, y su rostro plácido de obrera que se conquista el derecho de envejecer dentro de la burguesía, sonríe estas semanas entre el exterminio de Grecia, la miseria de Alemania y el esplendor teatral de las *premières*. Y se piensa, con cierta melancolía, que esta solterona simpática no ha encontrado por lo visto *quien la haga el oso*.



El coche-cama aéreo, que va á consentir soñar con la luna más cerca de ella

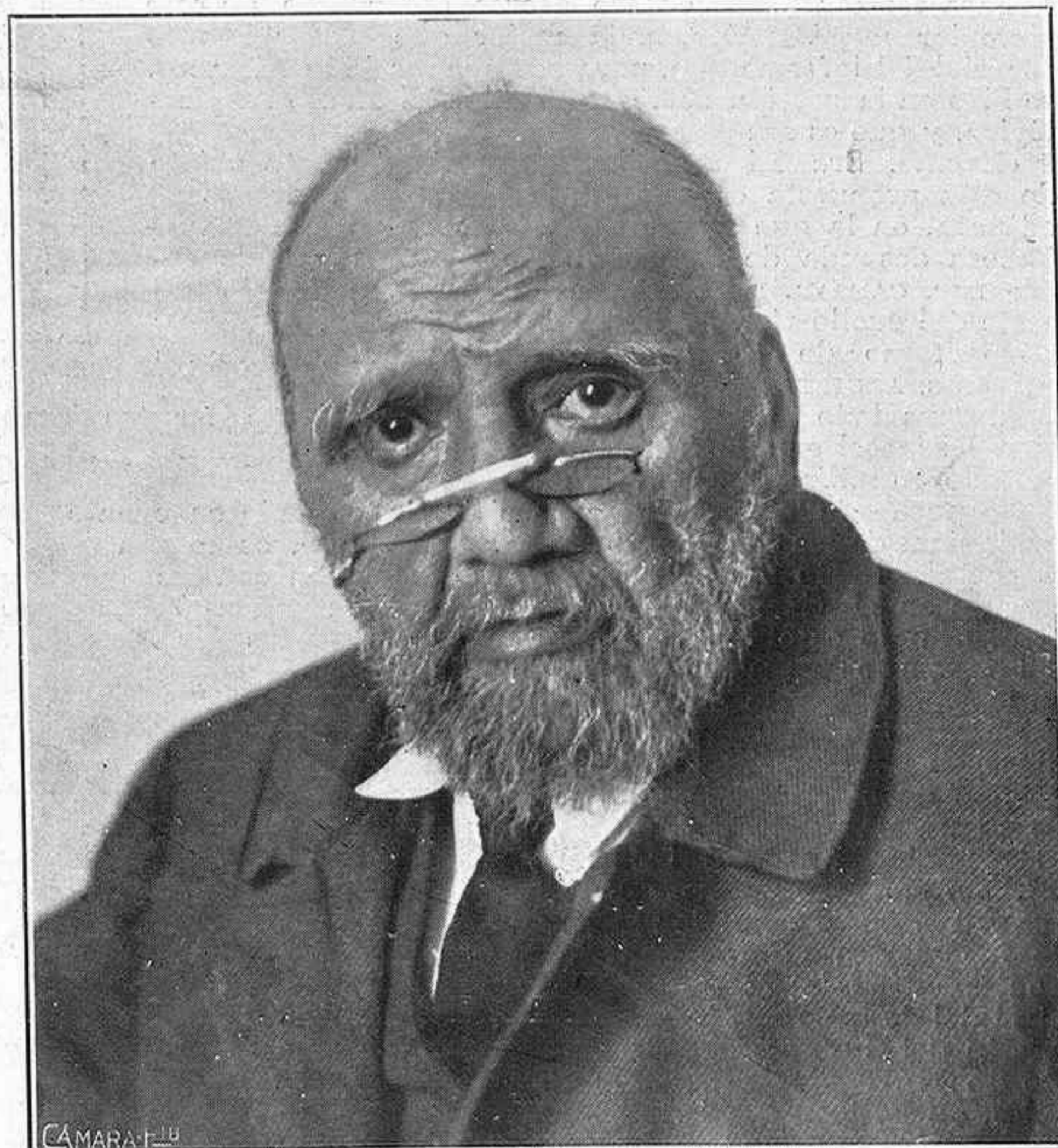
Se creía, con cierta equivocada opinión, que sólo en España los *coches-camas* están por las nubes. Ya lo están de un modo más exacto en Alemania y en Inglaterra. Colgados de la enorme salchicha de hierros, telas y alambres, el *wagon-lit* aéreo ofrece su cálido refugio de nido. Basta sacar hacia fuera los asientos para transformarlos en uno de esos colchones que se llaman «turcos» en el lenguaje de garzonería, y se cubren de almohadones fantásticos para los tés vesperales. El viento acunará á los viajeros en la noche. Las nubes harán más etéreos, más románticos, los sueños, sin peligro de que les despierten las plataformas giratorias ó los lamentos del mozo que á lo largo de la madrugada se quejan de vivir en las estaciones...



KANAKI MIURA

Famosa cantante japonesa que, después de su actuación en los teatros de ópera de Nueva York y Chicago, piensa hacer una «stournée» en Europa

Madame Crisantemo va á venir á Europa con su misma alma y su rostro de muñeca melancólica, reencarnada en la señorita Kanaki Miura, la famosa tiple japonesa que Norteamérica aplaude ahora en la Opera de Chicago. Tal vez llega un poco tarde. Las japonesas sentimentales se van olvidando. Madame Mariposa no podrá tampoco dar la sensación de la cigarrera sevillana ó de la Walkiria germánica. Su cuerpecito frágil, su vocecita feble, sus gestos afectados y mimosos, le limitan seguramente el repertorio.



El maestro Domingo Alvarez Acebal, cuyas bodas de oro con la enseñanza han sido celebradas solemnemente en Avilés FOT. LUIS

Rostro atrayente y suave el de este viejecito D. Domingo que nos mira por encima de sus lentes. Durante cincuenta años este viejecito no ha dejado de inclinar su mirada sobre los libros y sobre las cabezas infantiles. Varias generaciones de avilesinos han acudido á las clases de D. Domingo Alvarez Acebal. Fundó la Escuela de Artes y Oficios, y ampliaba de este modo á los humildes la pedagógica labor. Avilés no ha sido ingrato, y en torno del maestro agrupó á sus discípulos de ayer, á los catedráticos de todos los centros escolares y universitarios de Asturias para rendirle un homenaje.

BIENEFICENCIA
BIBLIOTECA
MADRID

LA MEJOR MONEDA DEL MUNDO

RAZONES fáciles de suponer han hecho que no se divulgue a destiempo la noticia de una adquisición realizada por el Museo Arqueológico Nacional, y que constituye un timbre de gloria para nuestra patria. Esta adquisición consiste en un medallón de oro, de Augusto, que aventaja en mérito al tan conocido y admirado de la colección del Museo de Nápoles, considerado hasta hoy como la moneda más valiosa del mundo.

Por este medallón, que ya es nuestro, ha pagado el Estado cinco mil quinientas pesetas, en cuya cantidad se justipreció al hacer la propuesta de adquisición, y de acuerdo con el dueño del rarísimo ejemplar; pero para que sepa el público cómo se aquilata el empleo de su dinero cuando se trata de adquisiciones que pueden honrar a un Museo Nacional, precisa decir que la moneda en cuestión hubo que tenerla dos años escondida, guardando el secreto de su existencia, por temor a que, conocida por un numismático extranjero o por un chamarilero español desaprensivo, esta joya numismática hubiera corrido la suerte del celeberrimo busto de *La Dama de Elche*, que por dilaciones mal entendidas no se adquirió en un contado número de pesetas y hoy honra el Museo del Louvre como ejemplar arqueológico que se aprecia en algunos miles de duros.

Poderosa razón del prolongado escondite de este medallón fué el saber que, a pesar del luminoso informe con que se acompañó la primera propuesta, el alto empleado que debería dictaminar en pro de su adquisición contestó estas palabras, que dan idea de su cultura numismática: «Para que una moneda valga cinco mil quinientas pesetas debe estar engastada de brillantes.»

Afortunadamente hubo crisis política, y el alto empleado dejó su brillante posición, sucediéndole otro que, comprendiendo la posibilidad de que haya objetos valiosos aunque no tengan brillantes, dictaminó en el sentido de que, previo otro informe favorable, se adquiriese el medallón áureo de Augusto con destino al Museo Arqueológico Nacional.

Para formar juicio exacto acerca del mérito de este ejemplar numismático, nada mejor que copiar lo más esencial del informe que, para acompañar a la propuesta, se hizo en la sección correspondiente del Museo Arqueológico, y que es así:

«Excmo. Sr.: El medallón áureo de Augusto objeto de esta propuesta es en todo conforme a la impronta adjunta, en la que se ven los tipos siguientes: *Anverso*: Cabeza desnuda de Augusto a la derecha, y la leyenda: IMP. CAESAR. DIVI. F. AVGVST. COS. VII; debajo del corte del cuello tiene el signo de Capricornio.—*Reverso*: Hipopótamo de pie, andando a la derecha, entre las palabras: AEGIPTO—CAPTA.

El Consulado VII de Augusto corresponde al año 27 antes de nuestra Era. El metal en que está acuñado es oro, pesa 32 gramos y tiene de módulo 30 milímetros.

No puede dudarse de su autenticidad, teniendo en cuenta cualquiera de los aspectos en que se considere, como son el metal, el arte y las leyendas, que coinciden con los usuales en el tiempo que corresponde a su acuñación. El peso es el equivalente al de cuatro áureos del tiempo de Augusto, y el módulo, el proporcionado a esta clase de piezas.

Respecto a la conveniencia de su adquisición para este Museo, no hay duda de que debe adquirirse, aun a costa de algún sacrificio: 1.º, porque es ejemplar único e inédito; 2.º, porque reforzaría nuestra ya notable colección de medallones romanos, poniéndola al nivel del de la colección del Museo de Nápoles, en



Dos ejemplares interesantes de múltiplos de monedas son los representados en estas fotografías. La superior se refiere al «quaternion» de Augusto, acuñado hace 1949 años, y que ha sido adquirido por el Estado español con destino al Museo Arqueológico Nacional, donde será conservado como una de sus más preciadas joyas numismáticas. El «quaternion», que equivale a cuatro áureos, ha sido valorado en 5.500 pesetas. La moneda representada inferiormente es un «excelente» de los Reyes Católicos, acuñado en Segovia. Es de oro, y tiene justamente el peso de cuatro «excelentes» sencillos

la que todos los numismáticos se fijan de un modo especial, precisamente por existir en ella un medallón de oro de Augusto, que no supera en importancia al presente y que se conserva como único en el mundo, diferenciándose éste y el de Nápoles en tener distintos los reversos, con lo cual resulta que cada uno de estos ejemplares es *único*, y 3.º, porque la no adquisición de esta pieza numismática vendría en desdoro de la Arqueología española, al dejar salir de la patria un ejemplar que, poseyéndole, honraría cualquier Museo, y no poseyéndole, excitaría el afán de admirar el presente.

Respecto al valor de este medallón, entiendo el que subscribe que, existiendo un similar al que referirse, que es el citado de Nápoles, la tasación del presente debe fundamentarse en la convenida para aquél, que en el catálogo de Henri Cohen, segunda edición, 1880, está tasado en 4.000 pesetas; pero como desde el tiempo de aquella tasación aumentó el precio de las monedas de extraordinaria rareza, como es la presente, puede justipreciarse en 5.500 pesetas.»

Por lo expresado en el anterior informe se deduce la verdad expuesta en el encabezamiento de este artículo, y que ya se puede completar con orgullo patrio diciendo: «La mejor moneda del mundo está en el Museo Arqueológico Nacional.» El numismático más autorizado de la actualidad, M. Ernesto Babelon, comprueba la precedente afirmación cuando en su obra *Traité des monnaies grecques et romaines* dice, al tratar de los múltiplos de las monedas romanas: «Augusto hizo acuñar *quaterniones*, es decir, cuádruplos del áureo, de los que el Museo de Nápoles conserva el único ejemplar que se conoce, acuñado en el año 5 de la Era cristiana y que se encontró en Herculano en 1759.» En la Biblioteca de París existía también un cuaternion de Domi-

ciano, que fué robado en 1831. La acuñación de estos múltiplos monetarios, más que como costumbre rara, puede considerarse como frecuente en todos los tiempos, desde los antiguos romanos, que tenían el *triens quadrans*, *quincus* y *decusis*, hasta los tiempos modernos, en que se acuñan cincuentines y centenes. El medallón ó cuaternion objeto de este artículo se debió acuñar con motivo de la conquista definitiva de Egipto, verificada por los romanos en el año 30 antes de J. C.; mas no fué el primer monumento numismático consagrado a este acontecimiento, pues en el año 28 se acuñó una moneda con la misma leyenda (de AEGIPTO CAPTA) que tiene la presente en el reverso. La moneda del año 28 tiene como tipo del reverso un cocodrilo, y el medallón que es del año 27 tiene el hipopótamo. En la moneda del año 28 no tiene el título de Augusto, y en la del año 27 sí le tiene; por lo que puede deducirse que este nuestro medallón se acuñó como un homenaje singularísimo a Octavio y tal vez con ocasión de haberle concedido el Senado el nombre de Augusto a propuesta de Munacio Plauco, hecho que tuvo lugar el día 17 de las calendas de Febrero del año 27 antes de J. C. Siendo esto así, nuestra moneda recordará el más renombrado acontecimiento del Imperio de Octavio, no sólo por el título de Augusto, sino por su victoria sobre Marco Antonio y Cleopatra, que proporcionó la conquista de Egipto. Como prueba de la costumbre constante en la acuñación de múltiplos de monedas, se presenta la reproducción de una de oro acuñada en tiempos de los Reyes Católicos y que es como un cuaternion de su moneda tipo, que era un *excelente*, y ésta equivale a cuatro de aquéllos, del mismo modo que el cuaternion de Augusto equivale a cuatro áureos. El cuádruple excelente de Don Fernando y de Doña Isabel está acuñado en Segovia y tiene justamente el peso cuadruplicado del excelente sencillo, que pesaba 3.52 gramos.

IGNACIO CALVO



HOY SABADO

pone a la venta

La Novela Semanal

un NÚMERO EXTRAORDINARIO en el que se ofrece al lector una emocionante narración de costumbres rusas, titulada

JANDRA Y EL COSACO

original del ilustre escritor **Cristóbal de Castro** é ilustrada por el gran dibujante SALVADOR BARTOLOZZI (Portada á todo color)

Precio: 50 cts. ejemplar en toda España

LA TRISTEZA PAGANA

Este santo, flácido y amojamado, que nos mira dulcemente desde su nicho sombrío, abrumado por la densa penumbra de la capilla en esta hora crepuscular, ¿qué representa, qué significa para nuestra sensibilidad? ¿Está triste? ¿Está alegre? ¿Es contento ó es melancolía esa difusa emanación que surge en nuestra alma su mirada inmóvil?

Tristeza; compasión de su rostro espiritado y de su cuerpo magro; de su encierro meditativo en el minúsculo mundo conventual y de su parvo ideario, que giraba y volteaba día tras día en derredor de la idea de la muerte.

La meditación — pensamos — es una actividad que tiende á la curvatura, á la circunferenciación. Para que no se trueque en una condición morbosa es necesario cambiar á menudo el punto de ubicación y panorama de nuestro espíritu. Entonces nuestros pensamientos no serán un solo círculo intenso, sino á modo de una serie de círculos tangentes trazados en el área ilimitada de la vida del mundo. Hay que andar, pues, y meditar en torno de la acción y no de la idea.

Esa es la posición del mundo occidental ante la vida, y por eso casi carecemos de santos, ó, por lo menos, de santos puramente especulativos, de santos tristes y de vida sedentaria. El santo de Occidente es andariego y batallador como Santiago, Loyola, Juana de Arco y Santa Teresa...

ooo

Pero este santo atormentado y melancólico del nicho acaso esté alegre también. Carecemos de datos positivos para afirmar su tristeza. Tal vez este aspecto suyo de humilde abatimiento es apenas una máscara convencional, que oculta, por un cierto decoro de esa tradición que sólo comprende á los santos flacos y tristes, la clara y franca alegría interior. Es preciso, en efecto, hallarse muy alegre para renunciar á tantas alegres cosas de la vida; hace falta estar muy seguro de la salvación y de la inmortalidad para apagar todo anhelo de goce en nuestro corazón, para estrangular todas las cabezas de la hidra pasional que se aloja en nuestras entrañas. Y esa seguridad vale, sin duda, más que todas las alegrías humanas, porque es ella por sí misma la más grande y divina alegría.

La alegría pagana, la alegría estrepitosa es una máscara trágica de la tristeza, de la mayor tristeza del hombre, que es la desesperanza ante el problema de la muerte.

«Comamos y bebamos, cantemos y dancemos, coronémonos de rosas...; ¡que mañana moriremos!»

¿Y si no hubiésemos de morir mañana? Entonces no habría motivo para esa diversión ruidosa que aleja nuestro miedo de morir. Entonces el alma, serena y alegre, con una grande y pudorosa alegría interior, tal vez se entregase á meditar sobre los bienes pasajeros, y cobraría un aspecto enjuto al cabo de privarse de lo que es efímero y falaz.

ooo

«¡Mañana moriremos!» Por eso aceleramos el

placer, derrochamos el vino que aturde y el baile que da el sueño para olvidar. Pero, ¿sentimos todo eso sinceramente? No. El mundo pagano de antaño y el mundo materialista de hoy no viven como cantan. Por el miedo de morir comen y beben y se coronan de rosas; pero, además, laboran por ideales de progreso y de solidaridad humana que serían inconcebibles en la seguridad de morir, de morir para siempre, de caer un día como polvo en el polvo y como nada en la nada. Y es que el espíritu, ignorado, invisible, pero vivo, de Occidente, sabía — lo sentía y lo sabía en lo íntimo y subconsciente

evolución de las razas le tocaba realizar su obra y porque el alma subsistía y vigilaba desde los últimos repliegues de cada espíritu negador y pesimista. Vivimos una perfecta dualidad, divergente en la superficie y paralela en el fondo. De ahí nuestro híbrido carácter de filósofos desolados y trabajadores generosos. A la idea triste, á la idea de morir — de morir para siempre —, que constituye el tema de nuestro pensamiento colectivo, del pensamiento científico del siglo, no corresponde el desenfreno pasional, presuroso y tétrico de Anacreonte — de Anacreonte hecho símbolo —. Los hombres piensan

que han de morir mañana; pero un instinto de eternidad los lleva al taller y á la escuela y al laboratorio con el ánimo optimista de crear un porvenir para los hermanos que vendrán. Ideales incompatibles con la idea de finitud, aparatosa caparazón de nuestra intelectualidad presuntuosa.

Luego nuestras ideas son falsas. Nada ó casi nada pensamos que se acerque á la verdad, á la verdadera verdad de nuestra naturaleza, que es la que genera nuestra vida. Nuestra vida intelectual es un sueño largo, una pesadilla, un espejismo, un reflejo recortado y desarticulado de nuestro plano de acción y realidad. Una entelequia, que diría cualquiera de nuestros filósofos de periódico, enemigo de Aristóteles.

¿Y cuál es la causa de ese divorcio? Quizá nuestro afán de construcción y de interpretación de la Naturaleza, que á la postre viene á ser únicamente una modificación de nuestro instinto de rebeldía y nuestra ilusión de independencia individual. Gracias á ese afán hemos logrado substituir el ideal de eternidad por el ideal de generosidad, lo cual sería muy hermoso y meritorio si nuestra generosidad no dependiese precisamente de nuestra eternidad.

Este mundo nuestro no es, por tanto, una civilización pagana, sino, por el contrario, una civilización mística, con el misticismo de la acción y del bien sin recompensa. Un misticismo irreligioso, que diría Guyau.

¿Es mejor así? El misticismo positivo, el religioso, se nos antoja estéril, porque conduce al desánimo y á la desestimación del mundo. Al desánimo y á la inacción nada más; no á la tristeza, porque la tristeza es pagana y materialista, y no se origina en la renunciación de los goces, sino en el disfrute de ellos. Lo triste, lo trágico es entregarse, no á

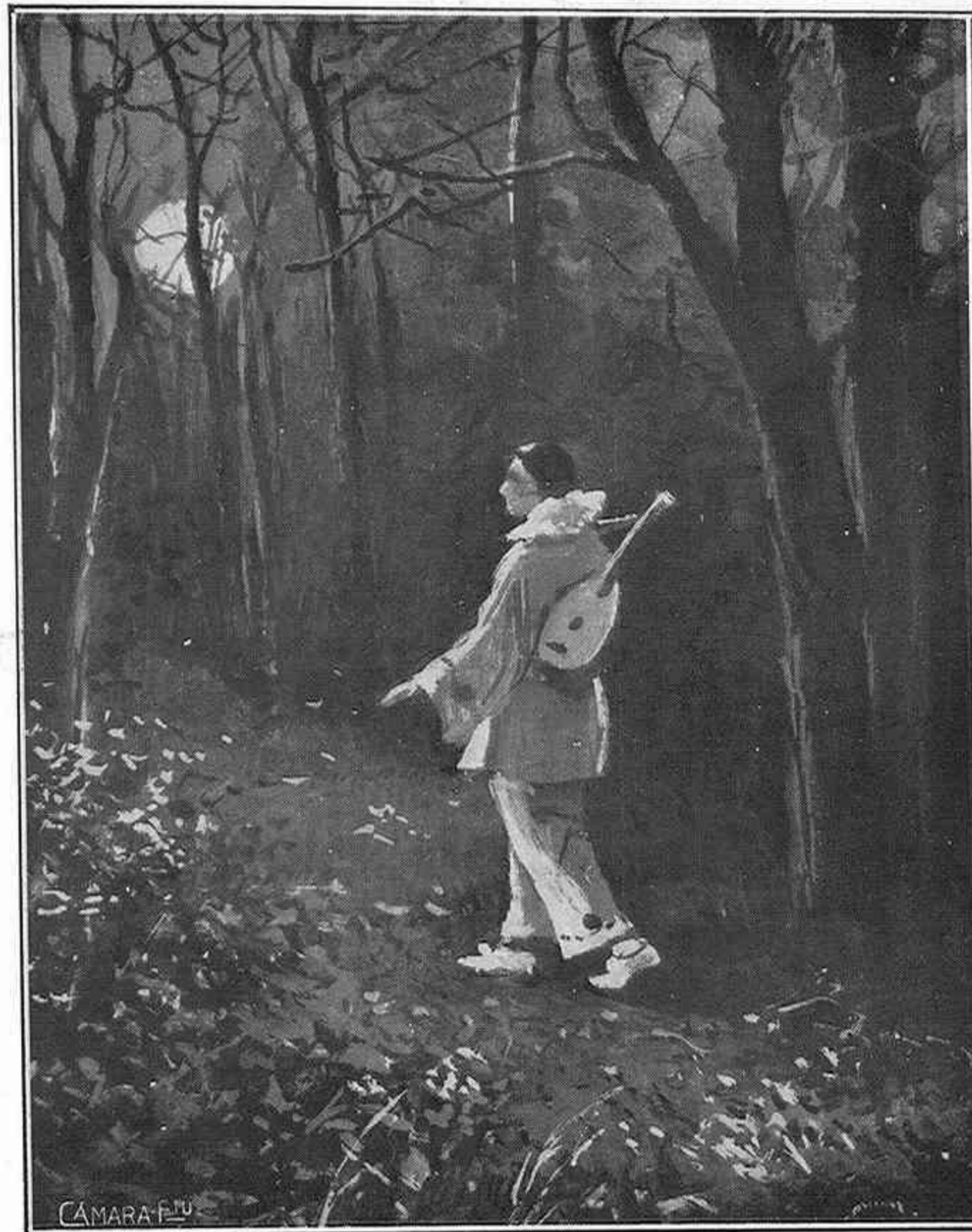
pensar que *mañana moriremos*, sino á sentirlo. Lo triste es la desesperanza.

Pero en el mundo no hubo ni habrá nunca un hombre verdaderamente desesperanzado. Los materialistas, los nihilistas no han existido ni han de existir jamás. La vida es recorrida exteriormente por oleadas de ascetismo, que es alegría íntima y silenciosa, y oleadas de glotonería de todos los sentidos, padres de la melancolía.

Pero el miedo de morir es un hijo enteco y casi teratológico de la literatura filosófica.

ANDRÉS PELAEZ CUETO

OTOÑAL



*Llorando un llanto verdadero
va por el último sendero
Pierrot.*

*Es un despojo de la farsa,
el corazón de la comparsa
sin amor.*

*Blanco de polvo del camino,
es una sombra fantasmal
que arrastra un trágico destino
y vive sólo de ideal.*

*Sus mangas largas y caídas
son cual dos alas abatidas;
va á sus espaldas el laúd,*

*sin cuerdas, como un ataúd.
Llora por todas las congajas
que nos depara la ilusión.
(Es el Otoño. Caen las hojas
y se va helando el corazón.)*

*Va caminando hacia la luna
como una sombra fantasmal;
va caminando hacia la luna,
la luna blanca de ideal...*

VALENTÍN DE PEDRO

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

de cada anaecrónico desesperanzado — que no había de morir.

Lo sentía, mas no lo pensaba. Casi siempre los hombres y los pueblos desarrollan su vida en esa paradoja de sentir en contra de sus ideales externos. En este momento de nuestra civilización hay un aliento invisible que nos torna como nunca generosos y activos, á pesar de que nuestro pensamiento está envenenado del «mañana moriremos».

Se está en un profundo error al diputar de materialista una civilización que tales frutos produce. Un nihilismo verdadero ahogaría nuestra sed inmensa de perfección y de paz. El Occidente ha progresado porque en el ciclo de

FUERA DE ESPAÑA

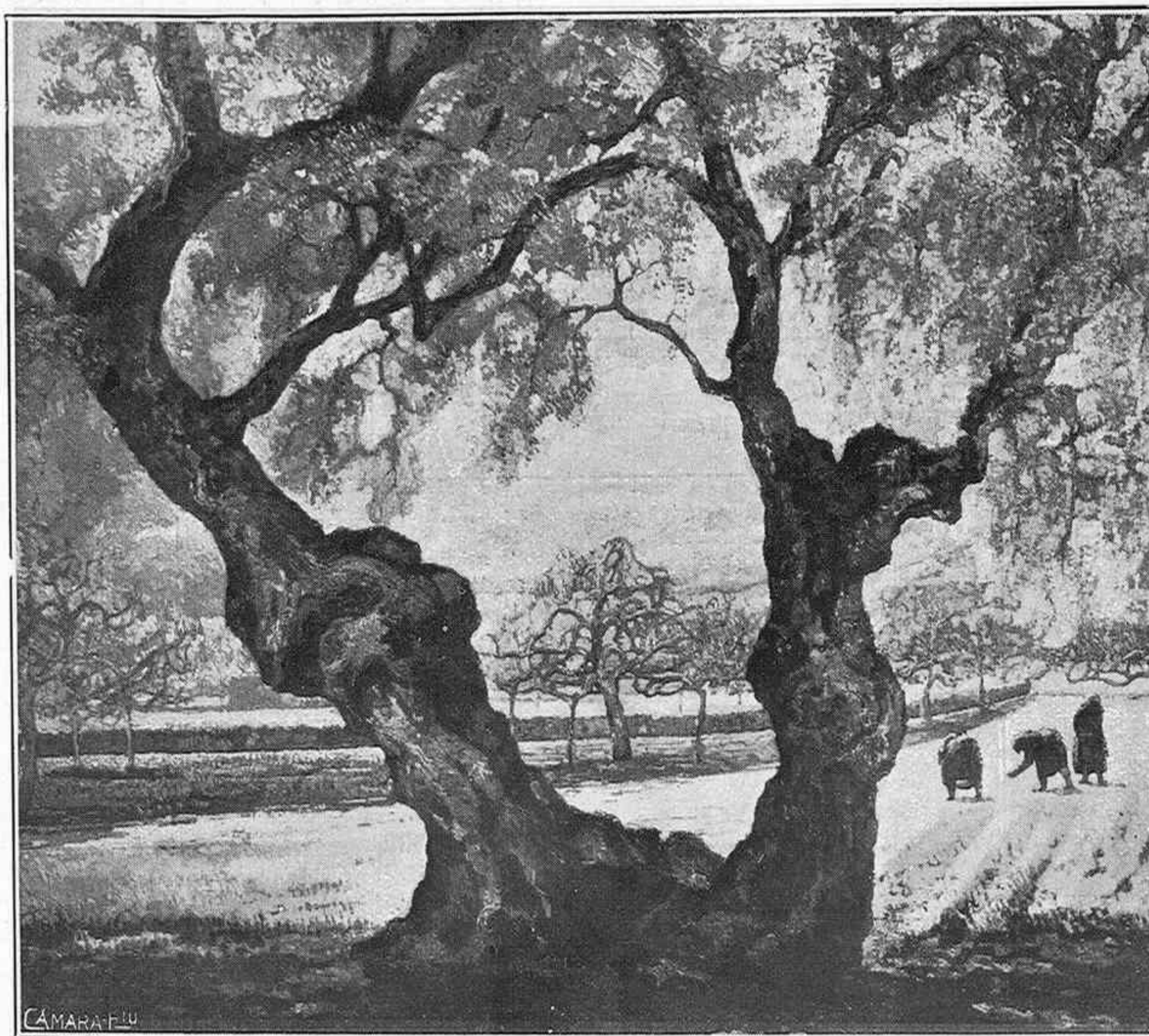
EL ARTE ARGENTINO EN VENECIA



MARTÍN NOEL
Presidente de la Comisión Nacional de Bellas Artes

SIEMPRE la Exposición Internacional de Venecia tiene una importancia estética colmada de atractivos y de autoridad. En ella el arte de todas las naciones encuentra una acogida ampliamente ecléctica. Es como el resumen de las tendencias artísticas contemporáneas desde el tradicionalismo más respetuoso con las normas clásicas y más sometido al ejemplar académico, hasta las audacias y rebeldías de última hora.

Cada nación tiene su pabellón independiente; pero había invitado, además, a aquellos artistas extranjeros de prestigio reconocido para hacer instalaciones de sus obras dentro del Palacio Italiano. Recordemos los éxitos de Sorolla, de Anglada, de Zuloaga, de Federico Beltrán, en años anteriores. En el año actual, la XIII Exposición de Venecia muestra su carácter laudable de diversidad a lo largo de las cuarenta salas del Palacio Italiano y de los pabellones extranjeros. Francia, Inglaterra, Alemania, Bélgica, Holanda, Hungría, España (de un modo incompleto) están representadas por artistas de ayer y de hoy. Y como ejemplo de eclecticismo se puede contemplar el arte sereno de Casanova, del que se han reunido veinte esculturas en la primera sala y después en la sala séptima una colección curiosísima de arte negro, de esos inquietantes fetiches en que la moderna escultura



«Primeros verdes», cuadro de Tito Cittadini



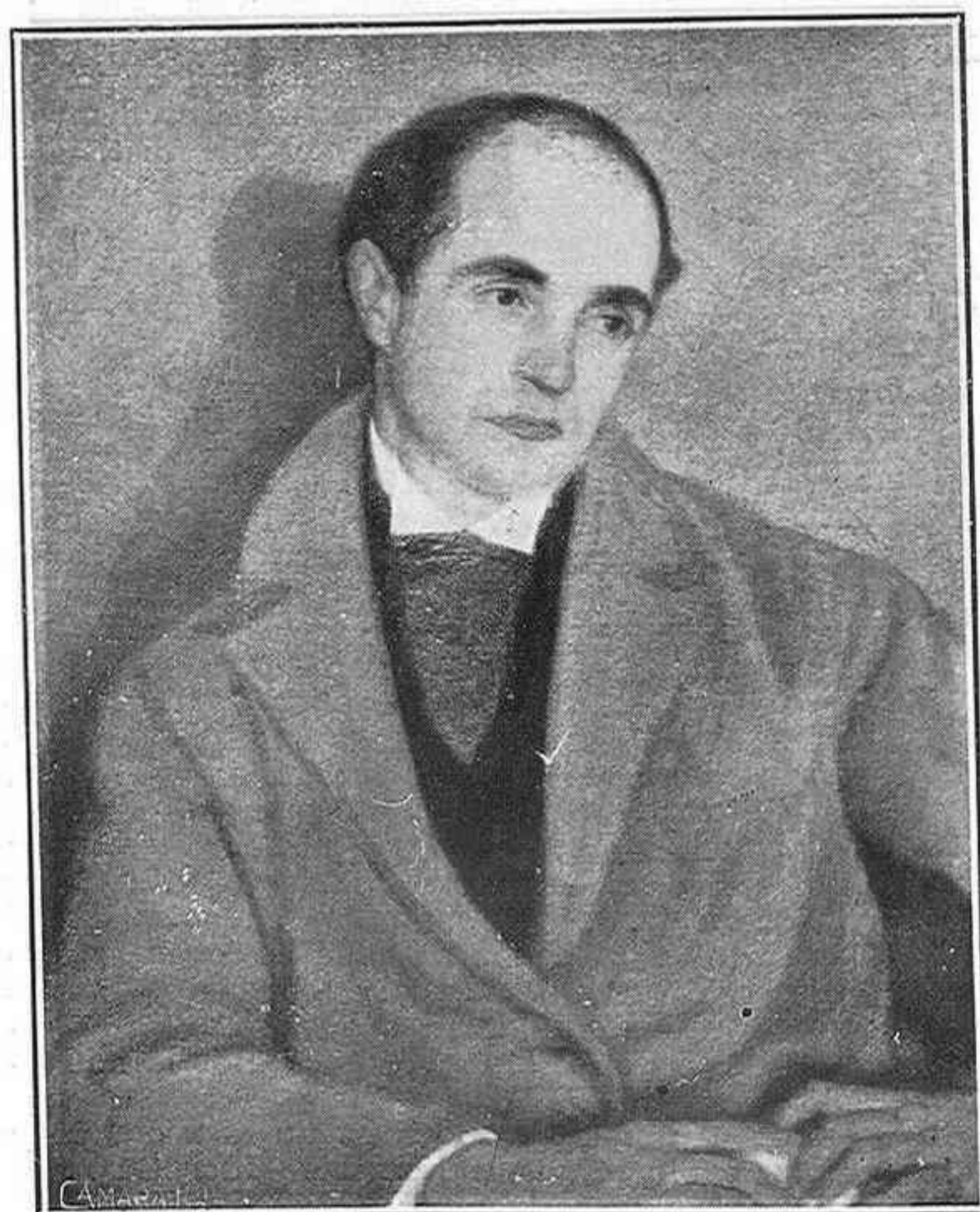
FRANCISCO ARMELLINI
Comisario general del Gobierno Argentino

busca las huellas de una ingenuidad perdida.

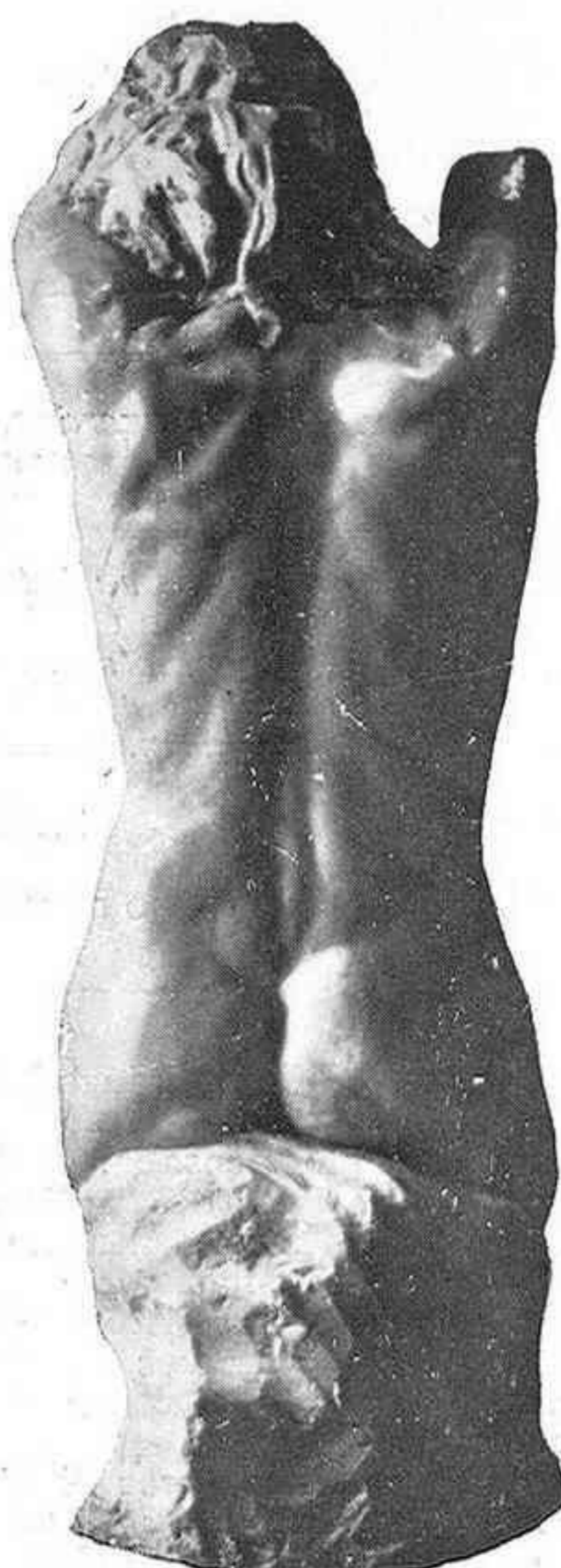
No es solamente este conjunto de ídolos africanos con su expresiva y pura manifestación de una sensibilidad tan diferente de la europea lo que llama la atención este año en la Internacional de Venecia. Es también el envío de los artistas argentinos, la demostración afirmativa de una serie de personalidades ya definidas y concretas que se incorporan por derecho propio a su época.

Así, es justo antes de conceder en artículos sucesivos a la Internacional de Venecia la importancia informativa que merece señalar esta exhibición colectiva de los pintores y escultores argentinos acogida con entusiasmo por la crítica italiana.

Los argentinos ocupan la sala veinte del Palacio Central. Invitados expresamente por el Consejo Directivo de la Exposición, se nombró un Comité compuesto de Cupertino del Campo, director del Museo Nacional de Buenos Aires; Martín Noel y Alfredo González Saraño, presidente y delegado respectivamente de la Comisión Nacional de Bellas Artes, y Francisco Armellini, comisario del Gobierno argentino. Este Comité eligió los autores y las obras que debían figurar en la sala. De pintura se han expuesto veinticinco, correspondientes a otros tantos artistas; de escultura, cinco.



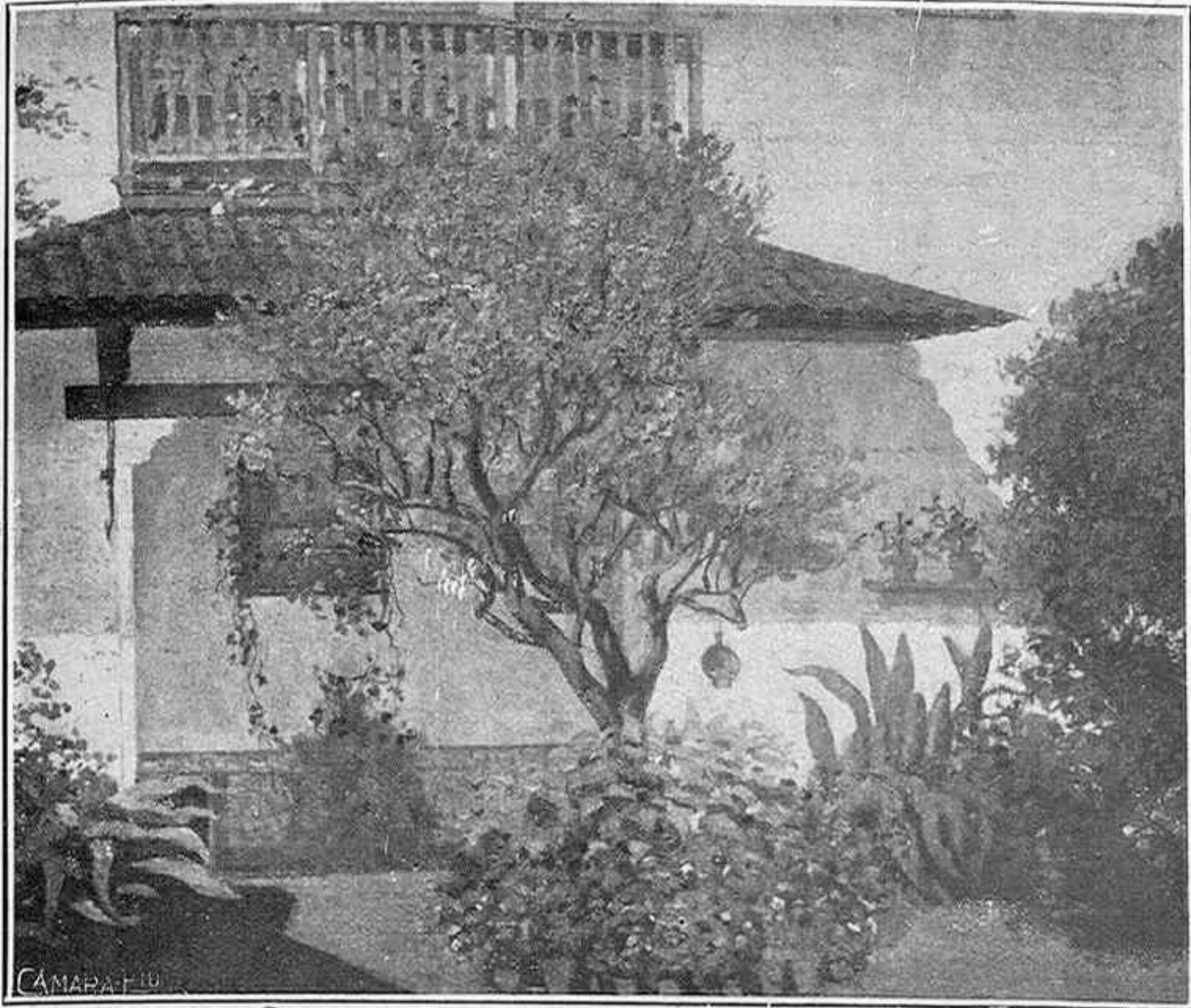
«Retrato», cuadro de Alfredo Guido



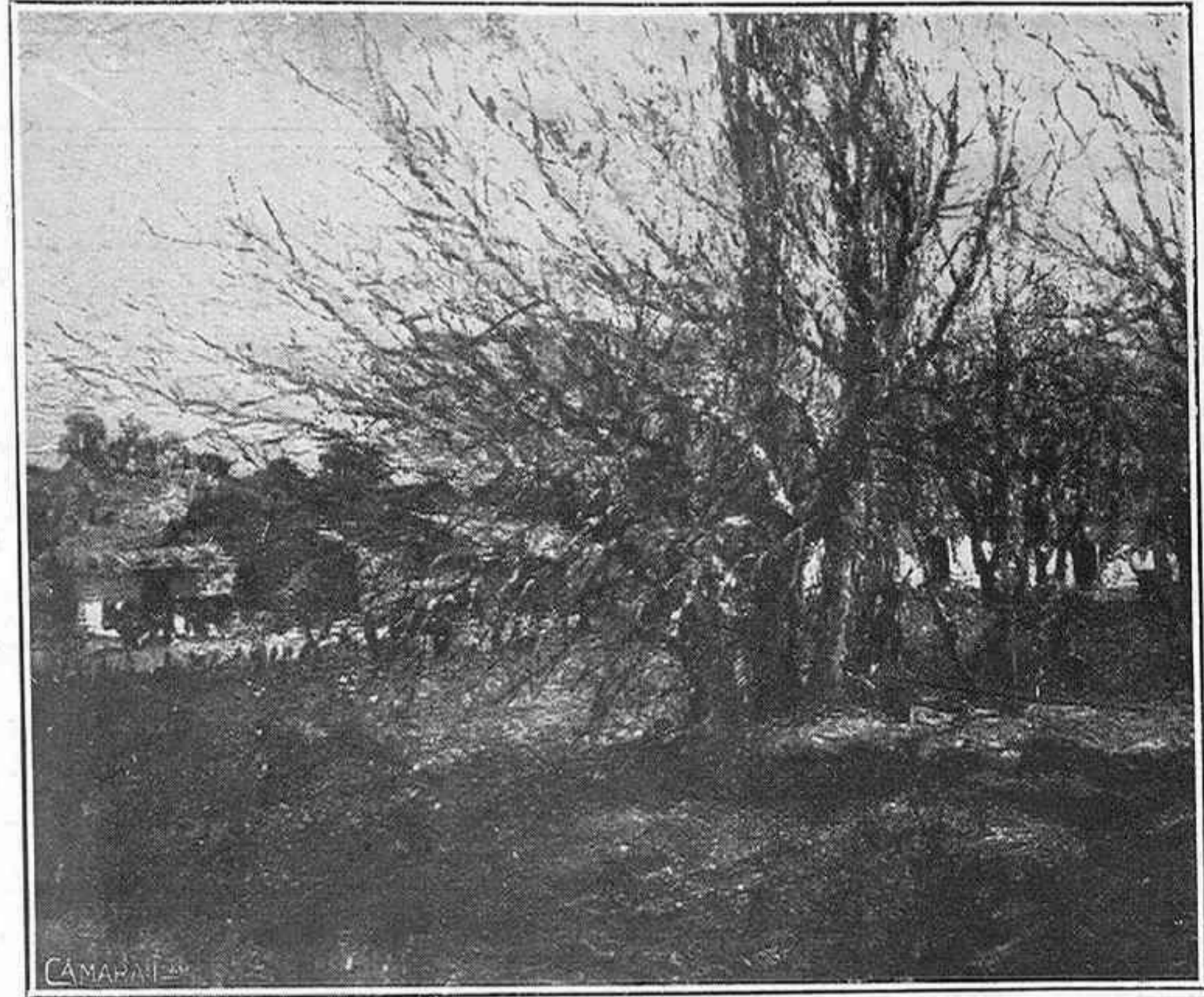
«Ansiedad», escultura en cera de Alberto Lagos



«El embrujador», cuadro de C. Bernaldo de Quirós



«El jardín de los naranjos», cuadro de Cupertino del Campo



«Fin de invierno», cuadro de Fernando Fader

«La gran República americana—se ha dicho antes de ahora en LA ESFERA—tiene una pintura, una escultura propias é inconfundibles. Sus artistas se han ido formando de un modo rápido y progresivo, desligándose de las influencias francesas ó españolas, inevitables en el comienzo. Los unos, alejados de las Exposiciones y los Concursos oficiales; no dejándose contaminar, los otros, de esa cierta plititud que imponen casi siempre las manifestaciones colectivas de arte, bajo la protección del Estado, aunque concurren á los Salones Nacionales, creados el año 1911.»

La mayoría de las obras presentadas en Venecia pertenecen á ese Museo de Buenos Aires, del que también preparamos una información inmediata. Esto significa en cierto modo una garantía oficial de mérito, aunque tenga el inconveniente, en algunos casos, de no representar con toda exactitud el momento actual del pintor. En cambio los otros cuadros que pudiéramos llamar libres, se puede suponer están dentro de ese actualismo representativo.

Han concurrido los pintores Antonio Alice, Jorge Bermúdez, Francisco Bernareggi, Italo Boti, Alejandro Bustillo, Guillermo Butler, Ceferino Carnacini, Manuel G. Castilla, Emilio Centurión, Tito Cittadini, Pío Collivadino, Luis Cordiviola, Cupertino del Campo, Fernando Fader, Rodolfo Franco, Alfredo Guido, Hector Nava, Americo Panozzi, Pedemonte, Octavio Pinto, Enrique Prins, C. Bernaldo de Quirós, Carlos Ripamonte, Thibon de Libian y Angel Vena; y los escultores Alberto Lagos, Gonzalo Leguizamon, Agustín Riganelli y César Sforza.

Conjunto espléndido donde ha podido apreciarse el grupo considerable de paisajistas y de costumbristas que hoy día tiene la pintura argentina.

Allí la rutilancia gémica, el vibrador luminismo de Bernareggi, á quien nuestra Mallorca ha hechizado para siempre; el impetu cromático de Tito Cittadini, uno de los más grandes coloristas de estos tiempos y uno de los más armoniosos constructores también; el recoleto misticismo del padre Butler, el monje artista que tiene el espíritu de un discípulo de fray Angé-

lico educado por la contemplación de los divisionistas franceses; la justiza sobria y el fogoso lirismo de Octavio Pinto, joven maestro del paisismo contemporáneo, del que ha sido doloroso no exhibir una obra elegida entre las suyas del Paular ó de Mallorca; Rodolfo Franco, moderno, sensitivo, que cultiva con igual pericia el grabado y la pintura; Fernando Fader, de una intensidad realista frente á los hombres y los lugares de la vida argentina; Jorge Bermúdez, que también y tan bien sabe interpretar tipos y costumbres de su patria con ese enraizamiento que debe ser la cualidad primordial de todo artista y que salvará á la pintura americana de ser feudataria técnica y temáticamente de la europea; Bernaldo de Quirós, cuya reputación está consolidada hace tiempo, dentro y fuera de América; Cupertino del Campo, paisajista á la manera clásica, contemplador sagaz y reposado á un tiempo mismo de la Naturaleza. Carlos Ripamonte, que en su *Restos de dominio*, da la nota melancólica de un viejo gaucho sin otro bien que su caballo.

No menos interesantes los envíos de Collivadino, de Centurión, de Pedemonte, de Alfredo Guido, que han obtenido elogiosos comentarios de la crítica italiana.

En cuanto á la escultura, hay una estatua en cera titulada *Ansiedad*, original de Alberto Lagos, el admirable artista de quien ha dicho Manuel Gálvez con cierta exactitud: «Alberto Lagos es escultor, pura y simplemente. Carece de toda preocupación literaria y no pretende crear símbolos inquietantes. Se diría de Lagos que es un Donatello moderno, joven y argentino.»

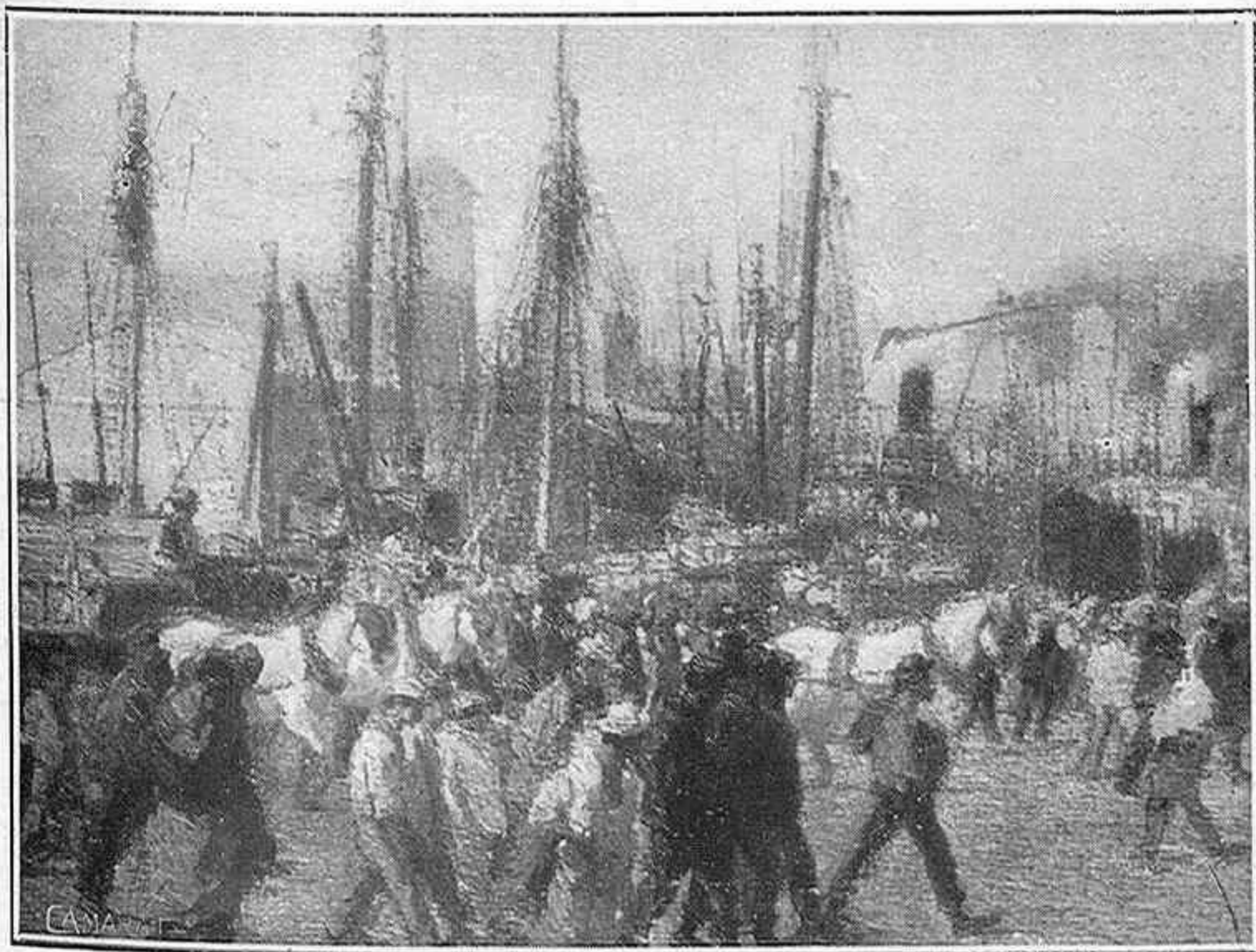
Exponíanse, además, bronce de Gonzalo Leguizamon (*Hyalis*); de Agustín Riganelli (*Máscara faunesca* y *El poeta*), y de César Sforza (*Muchacha*).

La primera intervención de los argentinos en Venecia ha sido admirable. Deseemos que en los envíos sucesivos sea más extensa y completa, hasta llegar á la cabal expresión del actual renacimiento progresivo de las Bellas Artes en la gran República hispanoamericana.

S. L.



CUPERTINO DEL CAMPO
Director del Museo Nacional de Buenos Aires y delegado de la Comisión Nacional



«Puerto de Buenos Aires», cuadro de Pío Collivadino



«La fragua», cuadro de Valentín Thibon

LAS BELLAS COSTUMBRES



La procesión de la Virgen en la ciudad marítima de Boulogne

Se aventan, se deshacen las bellas costumbres populares. El viajero que va hacia los sitios distintos acuciado por el ansia de hallarles en su integridad tradicional y pintoresca, ve cómo las gentes, los burgos, los paisajes mismos están envilecidos ya de civilización igualitaria.

Sueña el viajero su futura emoción en los libros de ayer, confía ante las estampas y los grabados en hallar luego aquellos mismos trajes regionales agitarse en las puras fiestas, en los remansos aldeaniegos. Imagina que el alma antigua de las comarcas recónditas se conserva intacta.

¡Ay! Pronto el viajero descubre para su desencanto que el tren ó el automóvil, ó simplemente la diligencia que le lleva, no es esa la primera vez que trajo la vida moderna á la existencia plácida de los pueblos olvidados ayer á su peculiar carácter. Y sobre las costumbres, ráfagas de uniformidad van marchitando las floraciones que renacían á su tiempo.

Por eso, cuando el testimonio fotográfico garantiza la actualidad de algo resis-

tente y victorioso á esas ráfagas—donde sólo respiran bien los hombres de presa y las mujeres frívolas—, sentimos dulce y melancólico regocijo.

Ved esta procesión á lo largo de las calles viejas de Boulogne-sur-Mer. Calles excitadas por el hálito salobre del mar y donde ahora el incienso juega á perfumar la luz del sol. Las redes de los pescadores van de unos balcones á otros, penden de los muros, y entre las mallas oscuras de estos toldos, de estos tapices sutiles, hay flores quietas, como en otros días los peces de metálicas irisaciones, que brincan, asfixiándose. Hijas de marinos, llevan las andas de la Virgen, los estandartes de las cofradías de mareantes. Y en las pausas de la música se oye la cadencia eterna de las olas próximas.

¿Dónde hemos visto reproducida antes de ahora la bella costumbre? Fué en un libro de Renato Bazin, el novelista desdeñado por los incapaces de amar la ternura noble de este escritor. Fué en esa novela, colmada de mar y de sacrificio, que se titula *El abandonado*.

CAMARÉ

Para conseguir
que el cabello no
se debilite y con-
servar la cabeza
limpia de caspa,

usad con

frecuencia

PETRÓLEO GAL

que es el mejor
tónico para
el pelo.

FRASCO. 2.50



B

separación no podía ser larga. Cuando Celinda y su marido el *gringo* volvieran, el niño mayor llegaría a tiempo para que su abuelo le enseñase a montar a caballo como debe hacerlo un criollo fino.

Precisamente este nieto hacía mucho rato que estaba junto a Robledo, montando en sus rodillas y dejándose caer en la alfombra.

—¡Carlitos, preciosa—suplicó la madre—, deja en paz a tío Manuel!

Y añadió, para contestar a todo lo que había dicho Robledo acerca de su padre:

—Es verdad; no quiso venir; pero eso no impide que me entristezca cuando pienso que podía estar aquí, viendo lo que nosotros vemos.

Se aproximó al grupo una señorita elegantemente vestida; la institutriz francesa encargada de la educación de Carlitos. Venía a llevárselo para dar un paseo por el Bosque de Bolonia. La madre tuvo que acariciarle con vehemente ternura, y aun así no pudo sofocar sus protestas de niño mimado.

—¡Yo quiero quedarme con tío Manuel!...

Peró tío Manuel necesitaba salir solo, y se lo explicó así al pequeño tirano con palabras de excusa.

—Si obedeces a mamá y vas con mademoiselle al Bosque, esta noche cuando te acuestes te contaré un cuento muy largo... ¡muy largo!

Carlitos aceptó la promesa, dejándose llevar por la institutriz sin nuevas rebeldías.

—¡Ya se fué el despota!—dijo Robledo, fingiendo una gran satisfacción al verse libre de él.

Celinda sonrió agradecida. El español había concentrado en Carlitos toda la necesidad de amar que sienten los célibes en los linderos de la vejez. Era muy rico, y su fortuna iría ampliándose todavía más en el transcurso de los años, según fueran sometidas al cultivo las tierras recientemente irrigadas. Si alguna vez le hablaban de sus millones, miraba al hijo de Celinda, apodándolo «mi príncipe heredero».

Pensaba legar una parte de su fortuna a ciertos sobrinos que tenía en España y a los que apenas había visto; pero lo más considerable de su riqueza sería para Carlitos. Amaba también a los otros hijos de Watson; pero el primogénito había nacido en la época de amarguras e indecisiones, cuando todavía estaba en peligro su obra, y esto hacía que le considerase con la predilección que merece un compañero de los malos tiempos.

—¿Qué va a hacer usted esta tarde?—preguntó Robledo a Celinda—Seguramente lo mismo de las otras tardes: visita general a los grandes modistos de la *rue de la Paix* y calles adyacentes.

Ella aprobó con un movimiento de cabeza este programa, mientras Watson reía.

—¿Cuándo se cansará usted de comprar vestidos?—continuó el español—¿No tiene miedo de que su equipaje no quepa en el trasatlántico, cuando regresemos a Buenos Aires?...

Se excusó Celinda, pensando otra vez en el lejano país.

—Debo hacer mis compras previsoramente. Piense que allá en nuestra colonia no hay nada de lo que se encuentra aquí con tanta facilidad. Somos unos millonarios del desierto que vivimos todavía en la primera semana de la creación de un mundo. Como quien dice: unos millonarios... salvajes.

Los tres rieron de este título y luego quedaron pensativos. Sus ojos dejaron de ver el *hall* donde se encontraban y la elegante concurrencia de las mesas inmediatas. Contemplaron con una visión interior el antiguo campamento de la Presa, que ahora se llamaba «Colonia Celinda», y los campos regados, fértiles y alegres, propiedad de los dos ingenieros, con árboles todavía no muy altos, pues los más antiguos sólo contaban nueve años de existencia. Vieron también la gran plaza de la colonia con sus edificios nuevos, y en ella a don Carlos Rojas, que parecía haberse empequeñecido con la edad, ofreciendo su rostro un perfil cada vez más aquilino y enjuto. Tenía el gesto autoritario y bondadoso de los antiguos patriarcas, al escuchar a hombres y mujeres.

Después, mientras Celinda pensaba en su padre, los dos consocios iban repasando mentalmente su actual prosperidad. Centenares de agricultores procedentes de todos los países de Europa habían adquirido parcelas de la tierra regada, para formar sus huertas llamadas «chacras». El enorme precio que el agua había dado al suelo era pagado a plazos por los colonos, en el curso de diez años. Cada trimestre ingresaban en su oficina cantidades enormes que iban a quedar luego inmóviles en los Bancos.

Los canales avanzaban sus tentáculos por la antigua cuenca del río Negro, convirtiendo todos los años tierras areniscas en campos fecundos; y esto atraía incesantemente a nuevos emigrantes, doblando ó triplicando los ingresos de la sociedad. Y así continuarían, años y más años, hasta amontonar una suma considerable de millones.

Robledo pensaba con melancolía en el destino de su riqueza enorme. Llegaba a él cuando era viejo y no podía sentir la tentación de los placeres

que engañan y entretienen a los demás mortales. Los hijos de Watson y de Celinda serían archimillonarios, no conociendo nunca la esclavitud del trabajo ni las angustias de la escasez de dinero, y al ser hombres vendrían a derrochar en París una parte de su herencia principesca, llamando la atención por sus despilfarros y sus brillantes cualidades de seres ociosos é inútiles. Atraído por la fuerza del contraste, Robledo, hombre de trabajo que había sufrido en su existencia grandes estrecheces y amarguras, aceptaba con un fanatismo risueño este final de sus esfuerzos, encontrándolo lógico y de acuerdo con las ironías de la vida.

Pensaba, además, en otro contraste que había acompañado a su enriquecimiento. Mientras él se hacía millonario, la mitad del mundo, al otro lado de los mares, sufría los horrores de una gran guerra. Al principio este cataclismo había hecho peligrar su propia empresa. Los colonos extranjeros abandonaban los campos de la Argentina para ir a ser soldados en sus respectivas naciones. Pero luego se cortaba este retorno al viejo mundo y el reflujo humano traía nuevos cultivadores a sus tierras.

Muchos que había dejado en Europa doce años antes enormemente ricos, estaban ahora pobres ó habían desaparecido. En cambio, él, que sólo era entonces un aspirante a la fortuna, un colonizador de incierto porvenir, se sentía como abrumado por la exageración de su prosperidad. Se veía igual a las reses nuevas de don Carlos Rojas, que, ahitas por la exuberancia de su nutrición, permanecían con las patas dobladas sobre la alfalfa, mirando, inapetentes, toda la riqueza alimenticia que las rodeaba.

Watson y Celinda eran jóvenes, tenían ilusiones y deseos, sabían en qué emplear su dinero. Ella conocía la voluptuosidad del lujo; su marido podía sentir el mayor placer de los enamorados, mezcla de satisfacción y de orgullo, al regalar a Celinda todo lo que deseara; ¡pero él!... Ni siquiera le gustaban las molicias inocentes que hacen más grata la vejez. Le había visitado la riqueza demasiado tarde, cuando no le quedaba tiempo para aprender a ser rico.

Como había pasado la mayor parte de la existencia simplificando su vida y prescindiendo de comodidades, ya no necesitaba estas comodidades. Celinda, la antigua amazona, y su esposo tenían a la puerta del hotel, desde las primeras horas de la mañana, un lujoso automóvil. No podían vivir sin este vehículo; parecía que lo hubiesen poseído desde que nacieron. ¡Ah, la juventud, con su maravillosa facilidad de adaptación para todo lo que representa placer ó riqueza!...

El español, sólo en casos de urgencia se acordaba de tomar un automóvil de alquiler. Prefería marchar a pie ó emplear los mismos medios de locomoción de la gente poco adinerada.

—No es miseria ni avaricia—decía Celinda a su esposo cuando le hablaba de Robledo, al que había estudiado con su fina observación de mujer—; es simplemente olvido y falta de necesidades.

Los dos ingenieros salieron de su abstracción al oír de nuevo la voz de la joven.

—Y usted, don Manuel, ¿qué piensa hacer esta tarde?... ¿Por qué no me acompaña en mis visitas a los modistos, y así podrá hablar con motivo de la frivolidad de las mujeres?...

Robledo no aceptó la proposición.

—Debo ver a un antiguo condiscípulo que desea mi ayuda para un negocio. El pobre no ha hecho fortuna.

Era un ingeniero que durante la guerra había dirigido una fábrica dedicada a la producción de municiones. Ahora la fábrica estaba cerrada, y su dueño, después de haber reunido en cuatro años una fortuna enorme, no sabía qué hacer de ella. El ingeniero buscaba, sin éxito, un capitalista, para dedicarla por su cuenta a la producción de maquinaria agrícola.

—Vive más allá de Montmartre—continuó Robledo—; está cargado de familia, y voy a ver si prestándole unas docenas de miles de pesos, que aquí resultarán cerca de un millón de francos, puede abrirse paso. Quiere mostrarme en su casa los planos de una máquina que ha inventado para arar la tierra.

Abandonaron los tres sus asientos y salieron del *hall*. Fuera del hotel, el matrimonio montó en un automóvil elegante. El español prefirió marchar a pie hasta la plaza de la Estrella, donde tomaría simplemente el Metro.

Era una tarde primaveral, de aire suave y cielo dorado. Robledo marchaba con una vivacidad juvenil. La imagen de su infeliz camarada Torrebianca pasó de pronto por su memoria. Esto no era extraordinario. Desde su regreso a Europa, le asaltaba con frecuencia el recuerdo de Federico y de su mujer, por la razón de haber vivido con ellos durante su última permanencia en París y haber emprendido juntos de aquí el viaje a América. Además, este ingeniero pobre que iba a visitar evocaba en su memoria al otro compañero de estudios.

En los doce años últimos, pasados junto al río Negro, la imagen de los Torrebianca se había mantenido fresca en su memoria. Una vida de monótono trabajo, poco abundante en novedades, conserva vivas las impresiones, pues éstas no reciben la superposición de otras que las borran.

Muchas veces, en sus largas horas de reflexiva soledad, se preguntaba cuál habría sido el final de Elena.

Su mala influencia persistió demasiado en aquel rincón del mundo para que la olvidasen fácilmente. Hasta los habitantes más antiguos de la Presa que permanecieron fieles al terruño, negándose a abandonar el pueblo arruinado, habían transmitido a los nuevos vecinos de Colonia Celinda la tradición de una mujer venida del otro lado del mar, hermosa y de poder fatídico, originadora de ruinas y muertes.

Los que no alcanzaron a conocerla se la imaginaban como una especie de bruja, apodándola «Cara Pintada» y atribuyéndole toda clase de maldades prodigiosas. Hasta afirmaban que surgía a veces en los lugares más solitarios del río, como un fantasma hermoso y fatal, peinándose los rubios cabellos ó pintándose el rostro; y esta aparición era terrible para los que la veían, pues significaba un anuncio de próxima muerte.

Robledo, en sus visitas a Buenos Aires, intentó averiguar algo de aquel Moreno que había huído con Elena; pero nunca obtuvo noticias precisas. Los dos habían caído en Europa como en un mar que se cerrase sobre sus cabezas, ocultándolos para siempre.

«Debe haber muerto—acababa diciéndose el español—. Indudablemente ha muerto. Una mujer de su especie no podía vivir mucho.»

Y durante unos meses dejaba de pensar en ella, hasta que algunas alusiones de los primitivos habitantes de la colonia despertaban otra vez sus recuerdos.

Al descender los peldaños de la estación vecina al Arco de Triunfo, olvidó completamente a su infeliz compañero y su temible esposa. Se sintió empujado y empujado por la corriente humana que descendía a las profundidades del Metro, y el tren subterráneo le llevó al otro lado de París.

Pasó más de dos horas en la casa de su amigo el inventor—modesta habitación situada en una calle afluyente a los bulevares exteriores—, y al caer la tarde se vió marchando a pie por el bulevar Rochechuart, hacia la plaza Pigalle.

En sus excursiones por Montmartre acompañando a sudamericanos ansiosos de gozar las falsas y pueriles delicias de los restaurantes nocturnos, nunca había ido más allá de dicha plaza. Además, esta parte de París, vista de noche, ofrece un espectáculo engañoso que contrasta con la mediocridad de su fisonomía diurna.

El bulevar que él seguía estaba frecuentado por un público de aspecto ordinario y vulgar. El Montmartre de que hablaban con delicia los forasteros, y cuyo nombre era repetido con admiración por cierta juventud del otro lado del Atlántico, empezaba a partir de la plaza Pigalle. Este bulevar Rochechuart era como los territorios mixtos inmediatos a una frontera, que carecen de fisonomía propia. Debían de vagar en él los expelidos del Montmartre próximo por la necesidad de un alojamiento más barato, ó las principiantas que aún no han logrado ropas ni maneras convenientes para deslizarse en los grandes restaurantes nocturnos.

Según se iba extinguiendo la tarde parecía aumentar el número de hembras engañosamente vestidas, que necesitan la luz incierta del crepúsculo para salir a la caza del hombre y del pan.

Robledo se cruzaba con ellas, fingiéndose ciego ante sus violentas ojeadas y sordo a las palabras susurrantes en honor de su apostura de buen mozo.

«¡Pobres mujeres! Verse obligadas a decirme tan enorme mentira para poder comer...»

De pronto, una de estas mujeres llamó su atención. Era semejante a las otras, y, lo mismo que ellas, le miraba atrevidamente con ojos provocadores. ¡Pero estos ojos!... ¿Dónde había visto él estos ojos?

Iba vestida con una elegancia miserable. Sus ropas, desteñidas y viejas, habían sido lujosas muchos años antes; pero vistas a cierta distancia, aún podían engañar a los distraídos. Además, conservaba cierta esbeltez, que, unida a su estatura, hacía olvidar por un momento los estragos de la miseria y de los años.

Al ver que Robledo se detenía un instante para examinarla mejor, sonrió con alegre sinceridad. Era un buen encuentro; el mejor de la tarde. Este señor tenía el aspecto de un extranjero rico que vaga desorientado por un barrio excéntrico al que no volverá nunca. Había que aprovechar la ocasión.

Mientras tanto, Robledo continuaba inmóvil, mirándola con el ceño fruncido por una rebusca mental.

(Continuará en el próximo número)

El Crimen Político

Fabricando
MENORES y MUJERES

POR

PEDRO PIDAL

Marqués de Villaviciosa de Asturias

¡Español, deifícate!, es decir, reza el **Padrenuestro**, es el grito de *salvación* ó de **Cristo**:

Como **Hijos**, *Racionalistas*.

Como **Hermanos**, *Liberales*.

¡Arriba España!

Pedidlo en las librerías y puestos más importantes de periódicos de toda España.

PRECIO: UNA PESETA

Pedidos al por mayor:

PRENSA GRAFICA, Madrid

Atendiendo á solicitudes de numerosos lectores que no les ha sido posible adquirir esta obra, por haberse agotado la edición, nos hemos decidido á reimprimir una segunda y copiosa tirada.

PARÍS Y BERLÍN
Grand prix et Medailles d'Or

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan
siempre esta marca y nombre
BELLEZA (Registrados)

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis, por delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia ninguna. Único que ha obtenido gran premio.

Es el ideal RHUM BELLEZA Fuera canas
A base de nogal. Basta unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una ó dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos; pues, sin teñirlos, les da vida y color. Es inofensivo. Cura el herpes y la caspa. No mancha, no ensucia, ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

CREMAS marca BELLEZA (líquida ó en pasta espumilla). Blanca, cura, hermosura y conservación del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas (blanca ó rosada).

LOCION BELLEZA Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Completamente inofensivo. Deleitoso perfume.



TINTURAS WINTER Marca Belleza. Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para castaño claro, castaño oscuro y negro. Dan colores tan naturales é inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

POLVOS BELLEZA (selectos é higiénicos) Por su calidad superfinísima, distinguido perfume y adherencia al cutis, son los mejores que existen. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

De venta en perfumerías de España, América y Portugal.—En Canarias, droguerías de A. Espinosa.—En Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139. En Lisboa, Perfumaria da Moda, rua de Carmo, 7.—En Habana, droguería de Sarrá.—FABRICANTES: Argenté, Costa y Cía., Badalona (España).

LEA USTED
LOS VIERNES

NUEVO MUNDO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA
50 cént. en toda España



Anusol Goedecke hace ya más de 20 años que está acreditado y recetado por los médicos. Anusol Goedecke calma pronto los dolores, produce una evacuación agradable y cura por completo. No contiene componente nocivo alguno. A cada caja acompañan instrucciones exactas para su uso. Pídanse en farmacias el único y legítimo Anusol Goedecke y recházese toda imitación ilegal de nuestra marca. El nombre "Goedecke" garantiza la legitimidad y eficacia completa del producto.

TAPAS

para la encuadernación de
La Esfera
confeccionadas con gran lujo
Se han puesto á la venta las correspondientes al primer semestre de 1922

De venta en la Administración de Prensa Gráfica (S. A.), Hermosilla, 57, al precio de 7 ptas. cada semestre

Para envíos á provincias añádanse 0,45 para franco y certificado

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

Rogamos á nuestros corresponsales, suscriptores, anunciantes y á todas aquellas personas que se dirijan á nosotros para asuntos administrativos, extiendan la dirección en el sobre en la siguiente forma:

Prensa Gráfica

Apartado 571

MADRID

GRANULOS CHANTEAUD

Antinauseosos

Contra el MAREO como preventivo y curativo.

54, Rue des Francs-Bourgeois, PARIS

COMPañY

FOTÓGRAFO

Fuencarral, 29

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida

"LA CANASTILLA"

Especialidad en ropa de niños :: Ropa blanca :: Equipos para novia :: Camisería :: Géneros de punto
RUPERTO GONZALEZ
Fuencarral, 16, é Infantas, 2. — Madrid

LIBROS DE

BARRIOBERO

Contra giro de cinco pesetas, certificados: **De Cánovas á Romanones** (estudios económicos). **Matapán** (relatos picarescos). **El hombre desciende del caballo** (novela).

22, Príncipe, 22
(ADMINISTRACIÓN)

Misterios de la Policía y del Crimen

Pídanse á la Administración de esta Revista



Para toda la publicidad extranjera en "La Esfera" y "Mundo Gráfico", dirigirse á la Agencia Havas. Paris: 62, rue de Richelieu. Londres: 6, Bream's Buildings, Chancery Lane. London. E. C. 4.

Lea usted hoy sábado
**La Novela
Semanal**